

# **CUCHILLA**

**Evelio José Rosero**

*Con fines educativos*

## PRIMER ASALTO

— ¡Es él! ¡Ya viene!

Una tormenta de gritos rompió desde el pasillo. En medio segundo vimos entrar al salón, en manada, las cabezotas del Bestia y la Hiena, Chochévere, Salitas y Pecas, muchos. Se fueron sentando a empujones en sus pupitres, sudaban, fascinados, aterrados. Se oyó la voz del Cuchilla. Como un látigo. — ¡Ojo, borregos! ¡Los hago expulsar!

Cuando su oscura figura hizo su entrada al salón no zumbaba una mosca. Sólo los corazones, pum, pum.

Cuchilla era el profe de historia, y nosotros sus más jóvenes alumnos: primer año de bachillerato, colegio Santo Tomás.

Cuchilla dictaba historia al resto del bachillerato. Se hacía temer. Era su voz. Su gesto. Su filosa manera de burlarse en el instante menos pensado, de ti, de tus orejas, tu aliento de tetero y tus piernas torcidas, enano ínfimo, pacato, zafio, ¿cuándo aprenderás a pensar?, gilí, memo, espantajo, eso nos decía, a gritos. Apodo que Cuchilla te inventaba resultaba definitivo: un remoquete preciso, para toda tu vida. Y qué difícil pasar al tablero, con él. Responder sus preguntas: nombres empolvados, fechas y fechas. Manera de vestir de gente ya muerta. Documentos. Encuentros y desencuentros. Tratados. Guerra sin fin. La historia que nos explicaba Cuchilla era la guerra eterna: nuestro país. Le temíamos, señores, como a Satán. Oh, Cuchilla era Cuchilla. Hasta los grandotes peludos de último año le huían, como teteros. El mismo rector, el reverendísimo padre Acuña parecía temer a Cuchilla: siempre que éste proponía algo, en las públicas reuniones de profesores y alumnos, el padre Acuña, viejito y tembloroso, nariz de pera, y con bastón, decía que "sí" con su cabeza de nieve. Y aplaudía. Aplaudía, señores.

Ante semejante orden oculta, el colegio entero se volcaba a aplaudir: sonaba el aplauso como olas, y una sonrisa ancha de triunfo, despótica, iluminaba la cara cetrina del Cuchilla, erguida la barbilla, los brazos arriba, el pecho abombado, un futbolista que acaba de vencer por goleada y sabe perfectamente que sólo él fue autor de los goles.

Su nombre de pila: Guillermino Lafuente. Su cara: una uva pasa.

Bien, no era tan viejo, pero como si lo fuera. De cien siglos, igual que los libros de historia que cargaba debajo del brazo y nos hacía aprender de memoria.

Qué historia sin vida la del profesor de historia, señores. Guerras aquí y allá. Sólo gente muriéndose con sus batallas.

Que yo recuerde, en tantos sucesos históricos que nos enseñaba Cuchilla, nadie nunca sonrió. Nadie se echó un baile al desgaire, o se besó.

Sólo gente disparándose, hundiéndose las bayonetas, pateándose, pellizcándose, en fin: quitándose la vida, aquí y allá.

Mi hermano lo odiaba, al Cuchilla, como todos. Pero nadie se atrevía a más. Lo odiaban en silencio, y ya. Yo, el único, el universal: de vez en cuando dejaba una nota en la silla del profesor -cuando se avvicinaba Cuchilla, igual que una tormenta, su sangrienta clase de historia bajo el brazo.

Mi hermano gemelo temblaba:

—Por qué lo haces, Sergio. Por qué tus mensajes. Un día de estos te va a pescar, te quitará el vestido en público, te hará expulsar. Y, de paso, hará que me expulsen a mí.

—No seas miedoso —le respondía yo, invariablemente.

Además, me curaba en salud: los comentarios secretos que le dejaba al Cuchilla nunca los escribía de mi puño y letra. Eran letras recortadas del periódico, formando palabras, mis palabras pegadas con goma en el papel minúsculo.

Cuchilla, eres el asno más asno del colegio. No hablas, rebuznas.

Cosa extraordinaria: Cuchilla ignoraba estos mensajes. Se los guardaba. Yo sabía que se moría por averiguar quién los dejaba. Se le veía en los ojos luciferinos; relampagueaban, rojizos, como carbones encendidos. Yo me guardaba: sólo mi hermano era el confidente de mis mensajes. Ningún otro borrego sabía. Pero Cuchilla, qué astuto: se callaba. Sabía que nadie sabía, sólo él y yo, su anónimo enemigo, y se cuidaba mucho de hacer pública la mofa de que era víctima. Y averiguaba las cosas, desesperado. Yo lo olía. Era la guerra entre dos. Los dos. Era nuestra historia personal, oculta.

Y mi hermano el único que sufría.

Cuchilla era flaco, señores. Delgado como un alambre, su corbata parecía más ancha que él. Alto, pero encorvado. No le decíamos Cuchilla por su delgadez —aunque su rostro, de perfil, era exactamente una "*gillette*" con nariz—, sino porque nos cortaba el alma con sus exámenes. Más de medio colegio perdía su materia; el resto pasaba historia a duras penas, rasante.

Yo no insistía demasiado con mis mensajes. No era tan bestia: elegía el momento oportuno para abandonar el papelito encima de la silla; dejaba alrededor de tres mensajes almes: suficientes para **sentirme** vengado. Pero vengado, ¿por qué?

Nunca lo supe. A fin de cuentas jamás el Cuchilla se había metido conmigo, todavía. De vez en cuando me pasó al tablero y me hizo temblar a punta de escudriñarme los ojos, y luego la mente, con sus preguntas de historia. Bien, alguna tarde me dijo: —Échele talco a sus zapatos, señor Díaz. Hiede a ratón.

Los borregos se rieron a mi costa, pero sólo una vez. Nada más.

Esa misma tarde, en mi casa, hice una nota: Y usted échele talco a su alma, Cuchilla. Su alma hiede.

Afortunadamente tengo un hermano gemelo:

— ¡Bruto! —me dijo—. Si dejas esa nota descubrirá por fin quién es el de las notas, te joderá peor, y, de paso, me joderá a mí. Yo no tengo que ver con tus papelitos.

Gracias a Dios tengo un hermano listo. No caí en la trampa. Pero estuve a punto, señores. A punto. Y Cuchilla perdió la guerra, conmigo. Já. De cualquier modo voy a explicar por qué odio al profe Cuchilla. Aquí va: no me gusta su historia horrible, igual que su cara. No la resisto. Yo he leído en la biblioteca de casa otras historias. A Simoncito Bolívar le gustaba bailar zapateado encima de las mesas, señores. Y bebía champaña. Y qué bailarín, cómo danzaba. De todas las señoras que lo agasajaban era la más bella y la más sana la que nuestro Libertador elegía para su danza. Uy, los mártires de la independencia bailaban también, y lanzaban escupitajos, malas palabras, se burlaban del mundo, eran gente de carne y hueso, como nosotros, señores.

Igualitos. Y lloraban.

Lloraban, supongo, como lloraron el gordo Colina y Pandequeso y Tribilín y Almida y Tiburón y Pataecumbia al pasar al tablero, con Cuchilla. Paquito Lucero una tarde se orinó del susto, y Cuchilla no lo compadeció. Le dijo que no era muy hombre, y lo retiró de su clase, por una semana. Parece que lo mandó con el psicólogo, por una semana.

A mí me parece que Paquito Lucero (que en realidad se llama Santiago Albornoz) lloró y se orinó solamente por culpa del Cuchilla, que lo atosigó de preguntas, lo atornilló, lo pulverizó.

Al pequeño Ángel María todos lo llamamos Mariangélica por causa del Cuchilla.

Al cojo Pataecumbia, o al Pata —es lo mismo— lo hizo bailar de la tristeza: Cuchilla decidió velársela porque el Pata sabe tocar la guitarra y canta y nos representará en los festejos del colegio:

—A ver, Pataecumbia, báilate una cumbia.

Gutiérrez padece de diarrea cada que hay examen con Cuchilla.

Ortiz empezó a temblar como maraca desde la primera clase con Cuchilla. Y no se le quita. Sus dientes castañetean.

A Moyano le sudan las manos. La frente y la espalda. La entrepierna. Parece de agua caliente al avanzar al tablero. Su mente se ensopa.

Gómez pierde los pelos, a manojos. Eso, a los doce años, es increíble, ¿sí o no? El médico le dijo a la mamá de Gómez que Gómez estaba perdiendo el cabello de los físicos nervios. Y nadie sabe por qué. Quiero decir, todos sabemos. Pero es como si nadie lo supiera Cuchilla es Cuchilla, señores

Ese día del carrerón, cuando Cuchilla correteó a los borregos, debo decir que fui yo el de la idea. Me encargué de pasar de oreja en oreja la noticia: A Cuchilla lo había pisado un camión. Un pie fracturado, muchachos; no vendrá a clase. Hospitalizado. Muchos borregos se lo creyeron y marcharon de paseo lejos del salón. Y los atizó Cuchilla, con su rugido:— ¡Ojo, los hago expulsar!

Se sentaron los borregos como rayos y el silencio era de hierro en los corazones. Cuchilla, al entrar, pateó un pupitre. Furioso. Era la primera vez que no lo esperábamos dentro del salón, como se debe con un profesor que se respeta. Sus ojos al rojo se pasearon por todas las caras.

— ¡Qué es esto! —gritó—. ¡Qué diablos! ¡Qué me les pasa, nenés! Tienen todos un Uno, una estaca en los corazones, papitos. Ya perdieron historia este mes.

Muchos de los aplicados empezaron a llorar, sin esperanza. Cuchilla, además, ordenó que sacáramos papel y lápiz. Su pregunta fue incontestable:

— En qué año Bolívar estornudó a las tres de la mañana. Eso nos preguntó.

Debemos reconocer que tenía su humor, el Cuchilla. Eso lo reconocemos ahora, señores. Pero antes. Esos tiempos...

Sufríamos. Dios, en qué año Bolívar estornudó a las tres de la mañana. Dios, Dios.

Mi hermano sufría. Lo vi padecer en su pupitre. No contestó, al igual que la mayoría. Era obvio que Cuchilla, con semejante pregunta, oficializaba su Uno. Trataba de decirnos que ese gran UNO como una estaca ya se enterraba dentro de los corazones. Aquel mes la historia estaba perdida.—En qué año Bolívar estornudó... —repetía Cuchilla, feliz, paseándose por entre los pupitres. Su aliento era amargo: puro antiséptico, enjuague bucal; se inclinaba sobre los papeles, respiraba en tu nuca, te vigilaba.

Yo puse que todos los años. Otros imbéciles pusieron que en 1492. Hay gente para todo, señores. Hay gente como yo, como mi hermano.

Y hay profes como el Cuchilla, ¿sí o no? Sí, sí.

## SEGUNDO ASALTO

El sábado por la mañana entramos a saludar a mamá, en su habitación. La encontramos asomada a la ventana abierta, muy interesada en la calle. Fuimos con ella.—Nuevos vecinos —nos dijo.

En efecto, un viejo camión de trasteo se hallaba detenido ante la casa de enfrente, atiborrado de cajas, muebles desarmados, la estufa y la nevera, los secretos. Ayudantes de overol —igual que hormigas— se paseaban por entre los fardos, elegían su carga respectiva y marchaban al interior de la casa. Una joven señora, con pañoleta en la cabeza, los parecía vigilar. Nerviosa, preocupada, la oímos decir: —Por Dios, cuidado con ese espejo. ¡Y era que en ese instante dos de los cargadores enarbolaban un inmenso espejo ovalado. Se lo llevaron a cuestas, con gran delicadeza. El espejo parecía flotar. Por un segundo descubrimos, reflejado en el espejo, el cuerpo vivo de la mujer. Fulgurante, como su rostro, como la mañana de | sol.

Comprendimos que esa señora era la? nueva vecina. —Qué linda es —dijo mi hermano. Su voz era el asombro de amor, por primera vez.

— ¿Qué dices? —Sonrió mamá—. ¿No aprendes a caminar y ya hablas de lindas mujeres? A bañarse, niños, que hoy llega su papá y hay que ir a recibirlo.

Aplaudió con fuerza, como una orden, y mi hermano y yo salimos de su habitación.

Pero no fuimos al baño. Nos metimos de nuevo en nuestra habitación (al lado de la de mamá, segundo piso), y continuamos figoneando el trasteo.

Nunca vi tan abstraído a mi hermano. No lograba quitar sus ojos de la señora. Parecía hipnotizado.—Qué linda es —repitió.Yo la miré con atención: ¿Qué es una mujer linda? ¿Cuándo una mujer es linda? Debo reconocer que no lo sabía. De cualquier modo, examinándola durante un buen minuto, pensé que no era para tanto. Una mujer delgada, los ojos grandes, ensoñados, el pelo negro recogido debajo de la pañoleta amarilla, los brazos en jarra. Nada más.

Nerviosa, y demasiado. Porque de pronto la oímos gritar:—Así no, cuidado. Allí va la porcelana china.

Y era que uno de los cargadores sostenía —él solo— una gran arqueta de madera sobre los hombros. El nerviosismo de la mujer lo puso nervioso. Lo vimos trastabillar peligrosamente.

—Idiota —rugió la mujer. El hombre enderezó el cuerpo, y a tiempo. Pudo equilibrar la carga y avanzar.

—Linda, pero furiosa —dije. Y me reí. Comprobé, perplejo, que Dani se enfadaba conmigo.

—Ella tiene razón —dijo—. Tú no sabes qué cosa valiosa es la porcelana china.

—Tú tampoco —repuse—. La porcelana de mamá no es china, que yo sepa. Y sirve lo mismo.

Dani no respondió. Siguió de pie ante la ventana, inmóvil, una estatua boquiabierta. Yo me recosté a leer en mi cama (leía por entonces *El Conde de Montecristo*), y luego de un buen rato de espadas y venganzas levanté los ojos cansados y encontré que mi hermano seguía en el mismo sitio. De piedra. No pestañeaba. —¿Por qué no le regalas una naranja? —pregunté. — ¿Cómo? —Una naranja. Regálale una naranja. — ¿Que qué? —Una naranja, Dani. Vas y le llevas una naranja de regalo, sólo una naranja: esas cosas amarillas y redondas. Le dices: "Soy su vecino, y le traigo esta naranja en señal de amistad".

Me eché a reír, y seguí leyendo. Pero en eso oí como un quejido, o una voz partida de asombro. Mi hermano retrocedió un paso, sin dejar de mirar por la ventana. Se volvió a mí. Estaba lívido. Demudado. Yo diría que horrorizado. La boca abierta, los ojos desorbitados. Pudo retroceder otro paso, y por fin corrió hasta su cama y se lanzó bocabajo y hundió la cabeza en la almohada.—Qué te sucede —le pregunté.La intriga me invadía.—Cierra las cortinas —me dijo.

— ¿Qué dices?—Que cierres las cortinas, ya mismo —dijo mi hermano. Su voz temblaba.

Fui a la ventana. El camión del trasteo partía en ese momento. La puerta de los vecinos se cerraba en el instante mismo que me asomé. Iba a volverme hacia mi hermano cuando lo sentí como un rayo a mis espaldas, cerrando de un fuerte tirón las cortinas.—Dios mío —dijo con físico horror—. Ojalá no me haya visto. — ¿Quién, la vecina? —pregunté.

—Cuchilla —me dijo Dani como si llorara—. Cuchilla es el nuevo vecino.

Aquí debo confesar que también yo me escalofrié. Cuchilla de vecino, Dios. Nos haría la vida imposible, pensé. Todas las mañanas —imaginé—, cuando Dani y yo saliéramos a la autopista para tomar el bus al colegio, nos encontraríamos con Cuchilla. Dios, viajaríamos con él. Regresaríamos con él. Todos los días de toda la vida. Qué padecimiento. Uf.

Me repuse, aparentando la indiferencia que estaba lejos de sentir. Me burlé de mi hermano.

—Bueno —le dije—. Puedes sentirte orgulloso. Te has enamorado de la mujer de Cuchilla.

Y tuve que salir corriendo de la habitación, porque Dani me lanzaba sus zapatos a la cara.

El resto del sábado la pasamos en el aeropuerto, esperando a papá. Como ocurre siempre, los vuelos estaban atrasados. Cosa que a mí no me importaba, pues me encantan los aviones, quietos o en el aire. Ah, pensaba, un día yo también partiría lejos, lejos de aquí. Mamá leía una revista, en la cafetería de grandes ventanales, desde donde podíamos contemplar los aviones. Yo procuraba que la malteada que había pedido no terminara tan rápido como sabía que terminaría. Mi hermano, por el contrario, no daba el primer sorbo.

— ¿No quieres malteada? —le pregunté con esperanza—. ¿Te ayudo?

La mirada que me lanzó Dani no pudo ser más explícita. Preferí no importunarlo. Dani carraspeó un insulto.

— ¿Qué sucede con este muchacho? —dijo mamá—. Parece enfermo. Yo hubiese querido responder:

*Enfermo de miedo y amor*, pero no fui capaz. Era seguro que Dani me bañaba la cabeza en malteada si le contaba a mamá las cosas que le ocurrían.

— ¿Por qué no se dan un paseo? —Propuso mamá—. Acaban de informar que el vuelo de su padre sigue sin despegar. Hay mal tiempo allá, igual que toda la vida.

—Vamos —le dije a Dani. Y él me siguió, de muy mala gana, sin otra alternativa.

En el camino por los salones y pasillos atiborrados de pasajeros descubrí que su desesperación se animaba. También él padecía mis mismos temores.—Qué horrible —dijo—: vecinos del Cuchilla; ¿qué haremos?

—Qué podemos hacer —respondí—. Nada. Seguir como si nada, y listo.— ¿Te parece poco?

Mi hermano se detuvo ante un gran ventanal. Un avión aterrizaba en ese momento. Pero mi hermano lo miraba sin mirar. Comprendí que anticipaba el duro castigo de Cuchilla: enamorarse de su mujer. Un delito insoslayable. Una condena. La estaca eterna en el corazón. Compadecí a mi hermano. Quería ayudarlo, y no sabía cómo.

—Oye —le dije—. Cuchilla no te oyó decir que su mujer es linda, ¿de qué te preocupas? ¿Cuál es el problema?

—No —dijo Dani—. No es por su mujer.

Supe que mentía. Lo oí tartamudear, pálido por el amor, pálido por el miedo. ¿Lloraría? Tampoco, pensé. Sería el colmo.—Es que... es terrible —dijo— tener a Cuchilla de vecino. No nos dejará en paz. No podremos jugar tranquilos en la calle. Vendrá donde nosotros, nos dirá, con su gangosa voz: "¿Ya aprendieron la lección, enanos?", y se reirá de nosotros, y el barrio entero, los amigos del barrio, reirán, ¿te imaginas?

—No es para tanto —dije—. A lo mejor Cuchilla ni se interesa por nosotros. Después del colegio tendrá otras obligaciones, supongo. Todo seguirá igual, no te preocupes.

Mi hermano parecía sufrir. Naturalmente, sufría por otros motivos: doce años, señores, doce añitos y enamorado. Y enamorado de la mujer del profe más difícil de la historia del colegio. Eso no le sucede a cualquiera, ¿cierto? Era seguro que si Dani se entera primero que esa señora linda era la linda señora de Cuchilla, pues ni se enamora. Pero la vio a ella, antes que a Cuchilla. Bueno, ¿qué hacer? Al fin y al cabo estaba enamorado, y con todas las nueve letras, una detrás de otra: *enamorado*. "Pobre Dani", pensé. Eso pensé, envidiándolo: yo no sabía todavía qué era eso de enamorarse. Solamente lo imaginaba, mientras contemplaba a Dani: una especie de tierna idiotez en los ojos, y nada más. Y concluí, examinándolo: como si se soñara todo el tiempo con los ojos abiertos. Pero me asombré: ¿cómo era que mi hermano había cambiado de semejante manera, de la noche a la mañana? Ni que un tren lo hubiese aplastado, blúm. Y me asombré más: la señora de Cuchilla no se me antojaba justamente una belleza... Además, ¡por favor!, ese grito que dio al empleado, uf, peor que los gritos de Cuchilla en su clase de historia.

A mí, de verdad, lo único que me preocupaba era la desgracia de mi hermano. No disfrutaba de los aviones, de la cantidad de gente feliz que se pasea por los aeropuertos, lista a viajar, lista a volar, Dios, como las aves.

—Tranquilo, Dani —le dije. —Cuchilla llegó en un taxi —me dijo. Entendí que recordaba. —Y qué —pregunté.

—Y ocurrió algo extraño —dijo Dani. —Qué. —Cuchilla pagó ese taxi.

Ahora sí que pensé que mi hermano estaba enamorado. Más tonto que el tonto. Pobre hermano.

—Pagó el taxi, claro —dije. —Yo todavía no lo reconocía —me dijo. — ¿Y? —me impacienté. Dani seguía como en trance. —El taxi se fue. Cuchilla a su casa. Ella... La señora... su mujer, salió a la puerta. El camión todavía no se marchaba. Entonces... vi que Cuchilla se acercaba... a ella... Y la tomaba por el brazo, y...

—Si sigues hablando así -lo interrumpí— nos volvemos de cien años, igual que momias, sin el final.

—Escucha —me dijo Dani, y parecía maravillado—: Cuchilla iba a darle un beso... a ella, a su mujer. Guardó un silencio estupefacto. —¿Y? —grité —Y ella no se dejó. — ¿Cómo?

—Le quitó la cara. Saltó para atrás. Con un ademán, Dani quitó la cara en el aire y saltó para atrás. Siguió contando: —Parecía de muy mal humor, ella. Pero así se veía más linda, creo yo.

—Supongo que sí —dije. Me empezaba a aburrir. Ahora mi hermano señalaba con su brazo estirado y autoritario un imaginario punto en el aire. Dijo, a medida que indicaba con el dedo:

—Y señaló a Cuchilla el interior de la casa, y Cuchilla siguió para adentro, como un perrito apaleado, ¿lo imaginas? Cuchilla un perrito asustado, increíble. Pero yo todavía no lo reconocía. Dani sonrió, iluminado: —Seguramente lo regañaba por llegar tarde al trasteo, quién sabe. Por no colaborar. Ella... ¿qué linda es, cierto?, pagó al chofer del camión, en la puerta. Los cargadores treparon... Y yo vi que Cuchilla regresaba con... ella, como para decirle algo. Fue en ese momento que descubrí que Cuchilla era Cuchilla, y ya no vi más. No fui capaz.

Mi hermano se cubrió el rostro con las manos. Se refregó la cara, como si quisiera despertar de una pesadilla, un negro espejismo.—Bien —le dije—. ¿Y eso fue todo?— ¿Te parece poco? —se rebeló—. Ella no quiso dejarse besar de Cuchilla, ¿tú qué piensas?—Que yo tampoco me dejaba besar de Cuchilla, jamás.

Dani me contempló atónito, de pies a cabeza. Se mordía los labios. Pensé que me golpearía.

—Es lo que pasa contigo —dijo calmándose a duras penas—. Que no se te puede hablar.

Y no volvió a dirigirme la palabra en todo ese tiempo que continuamos en el aeropuerto, esperando a papá.

Llegamos a casa en la noche. Recuerdo los nervios de Dani cuando bajamos del

—No mires —me susurró—. No mires. —No miro a dónde —le dije. —A casa del Cuchilla. —Me había olvidado —le dije. Y estaba en lo cierto. Yo sólo quería entrar a la casa, comer y ver televisión. Nada más. Era sábado, señores. El mejor día de la semana, porque no había colegio, y porque el día siguiente era domingo, un largo domingo de invierno para leer Montecristo y soñar. Así eran mis días. Pero tan pronto mi hermano me rogó que no mirara a la casa del Cuchilla empecé a mirar. Ni una luz. Todo apagado. —Que no mires —gritó Dani. —No hay nadie —le dije—. Deja de molestar. —Qué sucede —nos preguntó papá.

No quise decirle qué sucedía. Primero, porque Dani me hubiese aporreado. Segundo, papá le pregunta a uno cualquier cosa y cuando uno responde ya él parece pensar otra cosa. No nos escucha. Papá es un buen tipo, pero anda siempre pensando en sus cosas. Es, como dice mamá, un hombre ocupado.

Al bajar del taxi, Dani siguió derecho a la puerta de nuestra casa, esperó que mamá abriera y se metió igual que un relámpago. Yo todavía indagué en dirección a la casa de enfrente. Nadie. Ni una luz.

—Que no mires, carajo —gritó la voz aterrada de Dani, desde el interior de la casa.

—Qué son esas malas palabras —preguntó mamá—. Qué sucede con ustedes. Están raros. Y se volvió a papá y le dijo:

—Están rarísimos. Se han secreteado todo este tiempo, y no me explico por qué.—Deben tener hambre —dijo papá.

Dani no probó bocado, con el pretexto de un dolor de estómago: "La malteada me sentó mal", dijo, y subió al cuarto y se encerró. Eso de la malteada no era cierto: ambos sabíamos que me la había bebido yo, en un segundo, poco antes de pasear el aeropuerto.

En la salita, estuve mirando televisión hasta las diez de la noche. El sábado era de película: *Un paso al más allá*, y *Los tres Chiflados*. Cuando entré a la habitación la encontré oscura. Pero Dani, muy despierto, seguía de pie ante la ventana, los ojos en la mitad ligeramente abierta de las cortinas.—Listo —le dije—. Si papá te ve de figón te pone un coscorrón.

No respondió a mis palabras. Fui con él. Naturalmente, miraba la casa de enfrente. Una de las habitaciones del segundo piso estaba iluminada. Aunque tenía las cortinas cerradas, se podía distinguir la silueta de la mujer yendo de un lado a otro, acaso disponiendo todavía el orden del trasteo en su propio cuarto.— ¿Y Cuchilla? —pregunté.

—No ha llegado —me dijo Dani—. Está sola, desde hace tiempos.

La figura de la mujer, su sombra, levantaba una lámpara, o levantaba la sombra de una lámpara, la ponía en un extremo de la habitación, y luego en otro. A veces estiraba los brazos, como si se desperezara.

No pude evitar un bostezo. Mientras me empiyambaba, oí la voz de Dani, en susurros, como si temiese que lo escucharan papá y mamá, en la habitación cercana a la nuestra; o temiese, mejor, que la misma vecina lo escuchara, del otro lado de la calle. Su temor era infundado, claro, y daba risa. Y, sin embargo, iba en serio.

—Hace un rato se asomó a la ventana —me contó—. Miraba la calle, esperándolo. Pero él no llega a su casa, es increíble.—Ya llegará —le dije. Yo tenía sueño, y no demoré en dormir, a cabalidad. No sé a qué horas me desperté, y por qué. Debió ser por el ruido del corazón de Dani, pum, pum. El hecho es que desperté de sopetón, como si me asustaran. Pues bien, allí en la ventana seguía Dani, sin todavía ponerse la piyama.

— ¿Qué haces? —le dije—. ¿Te has vuelto chiflis? Duérmete. Mañana te despiertas y te vuelves a asomar a la ventana. No hay prisa. Quién sabe cuánto tiempo tendremos a Cuchilla de vecino. A lo mejor toda la vida.

—Cállate —me dijo Dani con un murmullo. Su voz, su tensión, despertó mi curiosidad. De nuevo salté de la cama, y fui con él. A la luz de la luna, la mujer de Cuchilla estaba asomada a su ventana abierta. Tenía una bata de satín. Los codos apoyados en el poyo de la ventana, la cabeza en las manos. ¿Aburrida? No. Lloraba.—Está llorando —dije.

Lloraba en silencio, nos pareció. Busqué el reloj en la pared, de agujas fosforescentes: las dos de la mañana, Dios. Entonces, despedazando el silencio de la calle, pudimos oír unos pasos venir desde la esquina. Unos pasos arrastrados, largos, que a veces zigzagueaban, trastabillaban. Dani y yo con el alma en un hilo. Tenía que ser él quien llegaba, por fin, a su casa. Y lo vimos. Hacía eses. Era como si atravesara un pantano, y separara montañas de maleza con sus manos. Estuve a punto de reír.

—Es Cuchilla —dije—, más borracho que un pavo. —Cállate —me rogó Dani, con un rugido.

La mujer también se alertó. Ya no apoyaba los codos en la ventana, sino las manos. Estiraba la cara hacia Cuchilla.

—Mira cómo estás —la oímos decir—. Y mañana domingo vienen nuestros invitados. Esto es demasiado.

—Hermosa mujer —dijo Cuchilla—. Deja que entre a la casa, me muero por descansar a tu sombra, pequeña luz mía, si yo nunca hice nada malo. —Por supuesto que te dejo entrar —dijo la mujer.

La vimos inclinarse a buscar algo. Cuchilla se hallaba debajo de la ventana; a duras penas podía tenerse en pie. Aguardaba, seguramente, que su esposa bajara a abrir la puerta. Por lo visto, Cuchilla, como nosotros, no tenía las llaves de su propia casa. Y ocurrió lo que ocurrió. Las manos de la mujer asían una inmensa olla, repleta de algo.

Agua, señores. Y dejó caer el agua como una cascada en la humanidad del Cuchilla. —Te lo mereces —dijo la mujer, y cerró la ventana de un golpe. Estuve a punto de lanzar la risotada, si Dani no me da un empujón.

Vimos que Cuchilla se debatía en la ola. Dio una vuelta sobre sí mismo, y cayó sentado en el antejardín de su casa. Sacudía la cabeza, se pasaba las manos por el pelo empapado. Parecía no dar crédito. Con ese frío que debía hacer en la calle, tenía que congelarse. —Pobre Cuchilla —se me ocurrió decir, con el alma. Jamás en mi vida imaginé que diría algún día "pobre Cuchilla", compadeciéndolo. —Ella tiene razón —me dijo Dani. Y, como la ventana de la mujer ya estaba cerrada, las cortinas cerradas, la luz apagada, Dani se empiyamó muy tranquilo y se metió en su cama.

—Dios, yo no puedo creer esto —dije.

Vi que Cuchilla, acaso ligeramente despierto por el chubasco, enfilaba sus pasos de nuevo a la esquina. Ni una palabra. Ni una protesta. Pero, poco antes de desaparecer en la calle, oí su grito. El grito de Cuchilla. No el grito afilado que nos escalofriaba en el colegio, sino un grito como un lamento: —Te amo —dijo su voz. Porque ya no lo veía.



Entonces, de inmediato, se encendieron las luces de la habitación, la ventana se abrió y apareció de nuevo la mujer de Cuchilla, en pijama.

Dani tenía razón: era linda. Su largo pelo negro brillaba encima de los hombros, y era por eso que su cuello se veía más blanco. De marfil, diría Montecristo. Quise advertirle a Dani que otra vez la mujer se mostraba en la ventana abierta. Pero Dani roncaba. Antes de regresar a la cama me asomé por última vez. De nuevo creí ver que la mujer del Cuchilla lloraba.

### TERCER ASALTO

El domingo por la mañana, a diferencia de todos los domingos por la mañana de nuestra vida, Dani no soñaba en su cama, ni en la ventana. Su cama, incluso, estaba tendida. Fue una sorpresa. Dani, que por lo general remoloneaba debajo de las cobijas hasta mediodía, brillaba por su ausencia. Y eran apenas las nueve de la mañana, ¿cómo no lo oí despertar? Cierta indignación cruzó por mi cabeza. Por lo general, era yo quien despertaba a Dani: "Despierta, dormilón" y proponía algún juego-paseo para el domingo. Dani, por el contrario, me dejó durmiendo en la cama. Uf, traición.

Bajé corriendo a la cocina, a desayunar. No vi a Dani por ninguna parte. Mis padres, sentados a la mesa, se divertían mirando las fotos de un paseo que hicieron -los dos solos- a Villa de Leyva. — ¿Y Dani? —les pregunté. —Es un hijo modelo—dijo papá, con orgullo, y siguió indagando la colección de fotos. No entendí nada. Miré a mamá, en busca de una explicación.

—Dani está en el tejado —me dijo por fin. — ¿En el tejado? —Arregla las tejas de tu cuarto —me dijo—. Nos contó que hay goteras cuando llueve. — ¿Goteras? Por dentro pensé: "Si no hay una sola gotera en nuestro cuarto, ¿qué hace Dani en el techo?" —Iré con él —dije. Y ya me disponía a correr al patio —por donde teníamos la ruta al tejado, una escalera, una azotea intermedia, otra escalera, y el techo-, cuando mamá me detuvo: —Nada, niñito. Primero tu desayuno, aquí mismo, frente a nosotros. Te desayunas y vas y lo ayudas. Por primera vez, un domingo, desayuné sin ganas, y sin Dani.

Parecía que día por día las sorpresas empezaban a cercarme desde entonces, como si de un instante a otro, sin presentirlo, la vida entera me hubiese llenado de vida, pero de una vida distinta, otra vida.

El tejado era territorio conocidísimo por nosotros: nuestro país. Alguna vez, más pequeños, nueve añitos, pretendimos con Dani dormir en el tejado: subimos nuestros colchones y cobijas, pusimos las sábanas encima y alrededor, sostenidas por un andamio de escobas y traperos, con una abertura que permitía ver el cielo. Se aproximaba la noche y no descendimos del techo, a pesar de que oímos la voz de mamá llamándonos por toda la casa. A nosotros, sencillamente, no nos importaba que nosotros no apareciéramos. Simple y únicamente queríamos dormir por fuera, debajo de las estrellas. Ignoramos la gran preocupación de mamá, buscándonos. Pero no existía todavía una sola estrella en el cielo. Sólo nubes negras, y más negras entre más avanzaba el atardecer. De pronto cayó el chubasco, las sábanas se ensoparon, se inflaron de agua, el andamio se derrotó, los colchones se hundieron. Sucumbimos. Debimos bajar del techo casi nadando, y esa fue la primera y única vez que papá se sacó la correa y nos puso las nalgas como un crucigrama —Tranquilos, mis hijos —decía—. Tranquilos que a mí me duele más. Y después, como una gran amenaza:—A su mamá no la hacen sufrir otra vez. Pensamos que tenía toda la razón, pero no creemos que a él le doliera más. Eso no. Bien, esa mañana de domingo fulgía soleada como nunca, y daban ganas de cantar.

— ¿Dani? —pregunté. —Chist —oí su voz, su susurro atemorizado. Por lo visto, desde el sábado anterior Dani ya no era capaz de hablar en voz alta, sino en secreto, como si alguien definitivamente especial pudiera escucharlo. ¿Papá? ¿Mamá?

No. La mujer de Cuchilla. Y lo encontré muy bien escondido detrás de unas tablas como un parapeto, en la orilla más peligrosa del techo: la que daba contra la calle. Comprendí que atisbaba hacia la casa de Cuchilla. Me acerqué.

—Cuidado te ven —me dijo—. ¿Por qué no te largas? — ¿Y ahora? —repuse—. ¿Qué haces? ¿Quieres que hable con papá? ¿Qué tejas dijiste que ibas a arreglar?

Dani comprendió que debía contar conmigo. Me hizo un sitio a su lado. El muy Danito parecía un sargento: hasta tenía con él los binóculos de papá. —Celebran la casa —me dijo."¿Celebran?" pensé.—Con un asado.— ¿Un asado?

Como toda respuesta, con un gruñido, Dani me pasó los lentes, y me indicó con su gesto la casa de Cuchilla. Ah, claro, entendí: desde el techo era muy fácil abarcar una gran parte del patio interior de la casa de Cuchilla. Tomé los binóculos y enfoqué.

Varios señores y señoras en traje descomplicado —sudadera, bluyín, overoles— se paseaban riendo alrededor de un asador. La carne acostada despedía un humo grisoso que el viento se llevaba en dirección contraria a nosotros. El patio era muy parecido al nuestro, sólo que tenía un papayuelo en la esquina, con muchas papayuelas -descubrí-, y quise contar las papayuelas cuando Dani me interrumpió, impaciente.— ¿Entonces? —Preguntó—, ¿la ves? Yo no entendí.— ¿Cómo? —dije.— ¿La ves?— ¿Que si la veo?— ¿La ves?— ¿La veo? ¿A quién?—Qué bruto —resopló Dani, y me rapó los anteojos. Recordé, por supuesto, que Dani estaba enamorado. Que se había enamorado, para mi desgracia, desde el sábado anterior, y que ya no era el mismo Dani de siempre. Era, ahora, sólo amor y sólo miedo. Recuperé los binóculos.—Entonces déjame verla —dije. Enfoqué de nuevo. Muchas señoras, todas idénticas, pensé. Bueno: la mujer de Cuchilla llevaba puesta una especie de batola color violeta, su largo pelo negro brillaba al sol, y aunque sonreía y charlaba animadamente, un velo de preocupación cruzaba su rostro. No vi más. Nada especial.—Qué linda es —dije ridiculizando la voz de Dani.—Cuchilla no llega —me informó Dani, feliz. Y quiso recuperar los binóculos. Yo lo impedí. Íbamos a pelearnos por la posesión de los lentes cuando -

justamente en ese momento- un taxi se detuvo ante la casa de Cuchilla.—Es Cuchilla —grité.De inmediato el miedo renació en la cara de Dani. Se agazapó detrás de las tablas, sin mirar, sin pretender los binóculos. Se sentía culpable, pobre Dani.— ¿De verdad? —me preguntó.—De verdad.

—Júralo. —Lo juro. Y, para mi desconcierto, así fue. Lo que yo había inventado para asustar a Dani, resultaba perfectamente real. Del taxi descendió el profesor Guillermino Lafuente, Cuchilla, completamente sobrio, y con otro vestido.

Impecable. —Lleva puesto otro vestido —dije—. Seguramente durmió donde su abuelita, y allá se cambió. No está borracho.

— ¿Qué hace ahora? —preguntó Dani. Me asombró: Dani seguía escondido, aterrado. —Oye, no es para tanto. Nadie nos va a ver. Sal de ahí. Mira por tus propios ojos. Cualquiera diría que te orinarás del susto, como Paquito Lucero.— ¿Miedo yo?

Con gran esfuerzo Dani se incorporó. No me pidió los anteojos. Sus manos temblaban, asidas a las tablas. Todo Dani temblaba, más pálido que una pared.Vimos que el profe timbraba a la puerta. Al ruido del timbre, en el patio, los del asado volvieron las sonrientes cabezas. La esposa del Cuchilla —de quien no conocíamos el nombre— no salió a abrir. Salió una señora de edad, la única empirogotada con toda clase de cadenas de oro en el cuello, abrió la puerta y se abrazó a Cuchilla y le dijo con un grito feliz:—Pero por fin usted, Guillermino. Por fin llega el dueño de casa a la inauguración. Ya lo extrañábamos.—Andaba ocupado en el colegio —mintió Cuchilla.Já, pensé, el domingo el colegio es un cementerio.

Y Cuchilla avanzó al interior de la casa.Sólo que esta vez su voz sí era su voz, Firme y segura, convincente, férrea. De metal. Así lo debió entender Dani porque lo vi agazaparse de nuevo detrás de las tablas. —Síguelo —susurró—. Cuéntame qué hace. — Ya voy —respondí—. Por lo menos déjalo llegar al patio. —Ajusté los binóculos y me dediqué a recorrer el patio, a la espera de la llegada del profe con la viejita. Todos los invitados lo saludaron con efusión. No se oían sus voces pero sus gestos gritaban. De verdad parecían quererlo. Cuchilla reía, a cada saludo. También se veía feliz. — ¿Y ella? —me preguntó Dani—. ¿Ya lo saludó?

—Es la última en saludarlo —dije—. Bueno, se acerca. Se acercan los dos. Ya casi. Ay, Dani, es la reconciliación. Se están abrazando. Se abrazaron, Dani. Ahora ella ha besado a Cuchilla. — ¡Lo ha besado! —Lo está besando. — ¿Lo sigue besando?

—En la boca, un ratito, bueno, todos felices, comieron perdices, y listo.Yo decía la verdad, señores. No hubo mala intención. Pero Dani no lo tomó así. Parecía que lloraba. Lo oí rugir: "Pásame los binóculos". Y, sobreponiéndose a sí mismo, miró por los lentes.Yo no podía del asombro. Mi hermano era otro.Me habían cambiado a mi hermano por otro.

Lo oí maldecir en voz alta, y todo porque Cuchilla y su mujer se sentaban a una de las mesitas y departían con las demás parejas, mientras la señora de los collares les disponía enfrente sendos platos de carne asada, y cerveza. Cerveza.

Vi, a pesar de que no tenía los anteojos, que la cara de la mujer se fruncía ante la cerveza, ante el hecho de que Cuchilla se llevara a los labios la botella. Eso me pareció, aunque fugazmente. Y no quise contárselo a Dani: de cualquier modo no podía escucharme. Parecía lejos, en otro mundo: había dejado los lentes a un lado y yacía bocarriba, sobre las tejas, desfallecido, los ojos en el cielo. Pobre Danito. —Oye —le dije-, dan Tarzán en la teve, ¿por qué no bajamos? Me miró como si me agradeciera. Y bajó conmigo del techo: tuve que ayudarlo a bajar, como a un viejito. ¿Sí o no, Dani? Sí, sí, como a un viejito.

Tarzán no dio ni para un grito. En menos de lo que canta un gallo, o Tarzán, Dani ya había desaparecido de su silla. Lo busqué y lo encontré de nuevo en el techo, aunque no miraba esta vez hacia la casa del Cuchilla. Se distraía tallando un pedazo de madera, con su navaja. — ¿Qué haces? —le pregunté. —Nada. Miré el pedazo de madera, entre sus manos nerviosas. Parecía una cabeza. La cabeza del pato Donald, claro. — ¿Qué es? —pregunté. —Nadie. Deduje, por su respuesta, que tenía que tratarse de la cabeza de alguien: el pato Donald, claro. Y ya iba a decirle que elpato, cuando de pronto lo oí, los ojos radiantes, emocionado:

—Es ella, ¿se le parece? "¿Ella?" pensé. Por dentro me reía. —Claro que sí —respondí. Yo no iba a decirle que el pato, porque pobre Dani, para qué. Sin remedio. —Se ve perfecta —añadí. No soy tan malo.

Tomé los binóculos. A mí lado mi hermano siguió tallando indiferente la cabeza de la vecina: la boca anchísima de pato, el larguísimo cabello igual que plumas mojadas. Pero comprendí que se moría porque le contara los sucesos de enfrente.

Nada especial. Los invitados seguían sentados alrededor de la mesa, y uno de ellos, un señor como la cara de una tortuga, parecía contar chistes. A cada cosa que decía todas las caras se levantaban al sol, repletas de risa. "Lástima no escucharlos", pensé. Y era que no se oía ni el eco de las carcajadas. Vi que en la mesa ya no había botellas de cerveza sino copas; y una gran garrafa dorada en el centro: whisky. La cara de la vecina se veía más compungida que nunca, aunque no dejaba de besar con relativa insistencia el perfil de cuchilla del Cuchilla. También éste contaba sus chistes. Se le veía feliz, en el círculo azul de los binóculos.

— ¿Qué hacen? —Dani se moría porque le contara.

—Beben.—Ahora se va a emborrachar. —Dani se puso a mi lado, y me quitó los anteojos. En su voz sonaba una vaga esperanza: la voz de alguien a la expectativa de su venganza. Eso me sorprendió: que Dani quisiera que el profe se emborrachara. Lo que ocurría era esto: sencillamente yo miraba las cosas de otra manera. A mí me parecía que ni Cuchilla ni su mujer querían que Cuchilla se emborrachara. Ambos parecían sufrir, en mitad de sus invitados. Pobrecitos. Y se querían, claro. Eso era claro. Amor de ojos y manos. La mano del profesor descansaba en la mano de su mujer. Y la miraba con la dulzura de las vacas, como tranquilizándola. Vi, sin necesidad de los lentes, que de un momento a otro se abrazaban, y se besaban un instante,



para contento del mundo; incluso los aplaudían. Entonces Dani dejó los binóculos en mis manos, y prefirió seguir tallando la cabeza soñada. Ahora otro taxi se detenía ante la puerta del Cuchilla. Nuestra posición era única: no sólo nos permitía ver la calle y la fachada de las demás casas vecinas, sino gran parte del patio interior de la casa de Cuchilla. Podíamos estar afuera o adentro, cuando quisiéramos, en un pestañeo. Bien, ahora estábamos afuera: del taxi emergieron dos figuras, no supe nunca cuál de las dos más chistosa. Eran dos hombrecillos de sombrero de fieltro, ambos como los pistoleros de *El Padrino*. Pues llevaban sendos estuches negros, compactos, en los que muy bien podían esconder escopetas de cañón recortado. "La cosa se pone buena", pensé.— ¿Algo nuevo? —me preguntó Dani, el escultor.—Nadita.No quería que se apropiara de los binóculos.

Salió a la puerta la mujer de Cuchilla. Aunque saludó de buena manera a los diminutos pistoleros, vi que su gesto se recrudecía de tristeza y ansiedad, o terror, o algo parecido. Y fue cómico: los dos pistoleros, al tiempo, la saludaron quitándose los sombreros. Las dos cabezas no tenían un solo pelo: bolas de billar. Pistoleros, era seguro. Y sus dos reverencias cayeron al tiempo, ante la amable mujer de Cuchilla. Entraron detrás de ella, con pasos lentos, meditados. Uno de ellos volteó a registrar la calle, nuestra casa, las ventanas, el techo... Por un instante de frío pensé que me descubriría. "Pistoleros", pensé. "Se cuidan las espaldas, igual que en las películas". Reaparecieron en el patio, en medio de los aplausos de los invitados. Ya dije que yo no oía los aplausos; los veía en las manos que se golpeaban, en la alegría de cada cara. Los pistoleros saludaron uno por uno a los invitados. A Cuchilla le dieron un fuerte abrazo, como viejos camaradas. Bien, bien, ¿de modo que Cuchilla era otro pistolero?"Muy posible", pensé.El señor de la cara como una tortuga ofreció whisky a los pistoleros. Se lo bebieron de un sacudón, y estiraron al tiempo las manos. Otro whisky les fue escanciado. La mujer de Cuchilla sufría.— ¿Novedades? —preguntó Dani.— Siguen igual, como tórtolos. Con un bufido el bueno de Dani siguió tallando su pato Donald. Los estuches con las armas yacían encima de la mesa. Los pistoleros se sentaron a un lado del profe Cuchilla. Conversaban con él en voz baja. Secretos de guerra, pensé. La señora de las cadenas de oro ya les había puesto enfrente su respectivo plato de carne asada, que los pistoleros devoraron en medio segundo, sin necesidad de cuchillo y tenedor: con las manos. Vi que se limpiaban los dedos sin remilgo en el mantel de la mesa. Después se inclinaron sobre sus estuches.—Van a disparar —dije en voz alta, sin evitarlo. De verdad me sentía escalofriado.— ¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo? —Dani me robó los binóculos.No eran escopetas sino instrumentos de música: un tiple y una bandola, creo ahora. Sentados en la mitad del patio, los dos músicos empuñaban sus instrumentos, los afinaban. "Lástima no escucharlos", pensé. Había, junto a los músicos, una silla vacía. Los invitados hacían rueda, también sentados en sus respectivas sillas. Todos aguardaban algo: el inicio de la música, con seguridad. Nunca, como en ese momento, la fiesta se veía más feliz. Dani me devolvió los binóculos.—Vámonos —me dijo de mal humor—. No demora mamá en gritarnos. Hay que almorzar.Yo seguí atisbando, otro momento. Las cosas seguían igual. Me di cuenta que Cuchilla había desaparecido. Y ya me iba detrás de Dani cuando vi reaparecer al Cuchilla, con una guitarra en la mano. Una guitarra que centelleaba al sol, en la mano de Cuchilla. Una guitarra.

"Una guitarra", me grité, sin dar crédito. "Cuchilla sabe tocar la guitarra. Con toda razón jode tanto a Pataecumbia".

Más tarde volveré con Pataecumbia. Diré, por ahora, que Cuchilla y sus músicos empezaron a manotear los instrumentos, y que todos cantaban, incluso Cuchilla y su mujer, y que de un momento a otro la señora de las arandelas empezó a bailar con el de cara de tortuga, mundos felices. Más felices que Dani, por supuesto, que no daba pie con bola en el comedor. Papá se vio en la obligación de reprenderlo:—Qué sucede contigo, Daniel. No has tocado la sopa, y si no tomas la sopa no hay carne, y si no comes la carne no hay dulce. Mejor dicho, almuerzas o almuerzas, qué crees, ¿que el alimento nos cae del cielo? Esto me cuesta, muchacho.Así hablaba papá.Después del almuerzo nos fuimos a la salita. Encendimos el televisor, pero casi no lo mirábamos, y mucho menos lo oíamos. Dani con su pato Donald en las manos quietas, digo, su pato no, la hermosa cabeza de la vecina, y yo más aburrido que nunca. ¿Así son los domingos?La salita quedaba en el segundo piso, ante las dos habitaciones y el único baño. Papá y mamá encerrados, durmiendo la siesta.—Cuchilla sabe tocar la guitarra —le dije a Dani.Lo vi encogerse de hombros.

—Y a mí qué —dijo.— ¿No te das cuenta? Con toda razón jode tanto a Pataecumbia.—Y a mí qué.Por lo visto, Dani no quería oír de Cuchilla jamás. La televisión debió ayudarlo, supongo, porque pronto se abstrajo en una de Cantinflas. Hasta lo vi sonreír. Yo no. Por primera vez en mi vida pensé en otras cosas mientras miraba sin mirar una película de Cantinflas. Ni siquiera me acuerdo qué película era. Yo pensaba en Pataecumbia.Mauricio Aldana —Pataecumbia— era más amigo mío que de Dani. Era, además, mi vecino de pupitre, y de vez en cuando nos reuníamos en el recreo, y charlábamos. A Dani le gustaba el fútbol. A mí no; de manera que cada recreo Pataecumbia y yo nos encontrábamos y empezábamos a dar vuelta tras vuelta por los patios, como reos. Nos contábamos películas, las inventábamos. Aldana sufría de una leve cojera, y por eso mismo el Cuchilla, a principios de año, no dudó en clavarle su apodo: *Pataecumbia*. Hasta antes del apodo Aldana era simplemente Aldana, otro cualquiera de nosotros, tranquilo y desapercibido. Pero el apodo lo ayudó a sufrir peor que su cojera. De vez en cuando uno que otro borrego le gritaba Pataecumbia, y lo inmolaba. Aldana parecía indiferente, de piedra: y sólo parecía. Sé que sufría. Hasta yo mismo, su amigo de recreo, me equivoqué un día y en lugar de decirle Aldana le dije Pataecumbia.Qué bestia fui, recuerdo. Pero recuerdo que me dijo:—No te preocupes. Ya estoy acostumbrado.Creo que se le nublaron los ojos, y a mí peor.Sin embargo nos sobrepusimos, y seguimos hablando de cuentos y películas.Un día el Pata nos invitó a estudiar en

su casa. Vive en Rionegro, cerca. Dani no quiso ir, yo sí, ¿cómo no? Pataecumbia me dijo que tenía la colección completa de cuentos del Zorro, y todo Julio Verne. Su casa era sencilla, de un solo piso. Vivía con su madre, una modista de pelo canoso, de muy buen humor, pues una sonrisa eterna alumbraba su cara, y eternamente se la pasaba sentada a la máquina de coser. Esa vez no estudiamos. Pataecumbia podía ser pobre, mucho más pobre que nosotros, pero feliz: tenía un acuario, con un único pez al que Pataecumbia llamaba *Nema*, y le hablaba como si se entendieran. Y de verdad: cada vez que Pata acercaba su rostro hasta rozar la superficie de la pecera, "Nemo, Nemo", el pez ascendía ondulante, y lo besaba. Le daba un beso a Pataecumbia: quiero decir, debajo del agua ponía su boca de pez ante la boca del Pata, y ya: se besaban, señores, se besaban. No recuerdo qué marca era el pez, o qué raza, de qué mar o de qué río, pero era un pez anaranjado, iluminado como una llama, y uno, al mirarlo, se sentía en paz y reposo, lejos del mundo, otro planeta, en el sosiego del agua burbujeante. Todos los cuentos del Zorro alumbraban las paredes de la pequeña habitación donde Pataecumbia dormía. Los libros de Julio Verne alfombraban el piso de madera. Tenía un árbol enano, sembrado y cuidado por el mismo, un disfraz de gorila (confeccionado por su madre, para la noche de brujas), un bate de béisbol, y una guitarra.

—Una guitarra —le dije— ¿Sabes tocar la guitarra?—*Soledad* —fue su respuesta. Y atrapó la guitarra y cantó *Soledad* con voz de soprano, que es la voz de los que tienen doce años. Era una canción de moda, que por entonces se oía en cada esquina y cuya letra no recuerdo exactamente, pero por todas partes decía: "Soledad". Creo que en alguno de sus recodos decía: "Soledad, lava y cose y ríe", creo. Y recuerdo que pensé que seguramente *Soledad* no era la soledad, sino la propia madre del Pata, pues lavaba, cosía, y reía. En fin, la propia madre del Pata y yo mismo escuchamos aquella tarde, embelesados, la canción de la soledad.

—No se quiere aprender más canciones —me dijo la modista—. Sólo *Soledad*, y listo.— ¿Para qué más? —Preguntó Pataecumbia—. Con esa me basta. Es mi única. Por entonces se preparaba en el colegio el gran Día de Santo Tomás, con invitados especiales: los padres de familia. Se trataba de un día de festejos, con misa a las seis de la mañana, presidida por el padre Acuña, por supuesto, en la mitad del hielo, con cánticos, incienso y comunión, y presentación pública en la tarde, en mitad del sol, todos los alumnos sentados a lo ancho del patio general -rodeado de árboles, con la cancha de fútbol al fondo-, el frío patio de cemento que para ese efecto sería decorado a manera de teatro, con tarima entapetada, luces, parlantes y micrófono. La silletería era exclusividad de profesores y padres de familia. Cada curso enviaría un representante, o un grupo de representantes, y, a manera de concurso, el rector del colegio y un abanico de profesores entendidos en las bellas artes elegirían al ganador. Desde los peludos de último año hasta los teteros de primaria nombrarían primero su representante, por voto popular. Yo no dudé en sugerir a Pataecumbia que se llevara su guitarra al colegio, cuando empezaron las eliminatorias privadas. Fue en clase de taller literario —la elegida para elegir los representantes— que Pataecumbia saltó a la palestra. El profesor Muñoz lo escuchó emocionado. El curso entero quedó fascinado de la voz de soprano del Pata y su *Soledad*. Algunos lloraron. ¿Y yo? No me acuerdo. Sí. Sí lloré. De nada sirvió la obra de teatro en un solo acto y con un solo actor que se fajó Picodeloro. Lo silbamos. De nada los chistes que contó Rasputín. Muy poco agradecemos la mímica de Zarama. La flauta de Chocochévere nos estridentó los oídos. Y debo decir que mi declamación, un largo nocturno de José Asunción Silva, hizo sonreír a Muñoz:—Mejor cálese, Díaz. No le haga ese mal al poeta. Ganó Pataecumbia y su guitarra. Ganó. Lo felicitaron los borregos, admirados. —Bien, Pata —decían—. ¿Por qué no nos contaste? —Cantas como Dios.— Dicen que los cojos son genios, eso dicen.— Bien, Patita, bien, ¿por qué no te cantas otra? Por favor, no te hagas de rogar.

Ni el Pata ni yo dijimos que sólo se sabía esa canción. De modo que se hizo de rogar todo el día. Estaba feliz, Pataecumbia. Nunca lo vi tan feliz.—Podrá venir tu mamá —le dije—. Los padres de familia asistirán. Ganarás ese premio, Aldana. Se lo regalarás.

El premio era una estatuilla de Santo Tomás arrodillado, en bronce (estaba expuesta a la entrada de la rectoría, como un trofeo relumbrante). El curso ganador tendría un viaje de fin de semana a un monasterio de Boyacá, con todo incluido: misa, desayuno, misa, almuerzo, misa, y comida. Y el representante vencedor, además, sería eximido del pago de la matrícula y pensión el año entrante. La lotería. Pata saltaba de felicidad. Regresé con él y su guitarra, esa tarde de la elección, hasta su casa. Lo dejé en la puerta, guitarra en mano, y su voz de soprano de doce años: —Mamá, voy a cantar *Soledad* en el colegio y tú irás. Así lo dejé.

Pero nadie nunca supo cómo diablos el profesor Guillermino Lafuente se enteró de quién era nuestro representante, y cómo nos representaría. De inmediato, al día siguiente, sacó a Pataecumbia al tablero y lo encañonó. La voz de Cuchilla sonó afilada. Lo desmenuzó: —Qué lindo, Pata —le dijo—. De modo que tocas la guitarra. Qué bien, Pataecumbia. (Aquí risas de los borregos, Dani incluido.) —Y qué vas a tocar, Pataecumbia —siguió preguntando mordaz el Cuchilla—. ¿Acaso vas a bailar una cumbia?

(Tormenta de risas. Cuchilla un gesto, una orden: silencio: dejen que el Pata hable.) Y Pataecumbia habló: —No, profesor. Voy a cantar una balada.— Una balada, vaya. Entonces vas a balar.

(Risas como un mar. Confieso que yo también estuve a punto. Sólo a punto. El profe Cuchilla le hizo unas cuantas preguntas al Pata, ya no de música sino de historia.)—Si así vas a tocar la guitarra —le dijo— te rajarás, como hoy. El Pata regresó a su pupitre, hecho un ascua. Recuerdo que me miró, acusador. "¿Y yo —pensé— qué tengo que ver con esto?" Ni modo,

Pataecumbia cambió conmigo; ya ni me hablaba en los recreos, acusador. Daba por hecho que era yo quien lo metió en el lío. Y era un lío, porque Cuchilla no dejó de importunarlo a cada minuto.—Yo veré, Pataecumbia —le decía—, yo veré. Con tu guitarra ganaremos el trofeo, ¿cierto?, yo veré, yo veré.Y en el recreo, si se lo encontraba, Cuchilla con su vozarrón lo estigmatizaba ante el mundo:—¡Yo veré, Pataecumbia, yo veré cómo bailas la cumbia! Hasta que Pata no pudo más y me buscó. Ya sin rencor. Sólo atemorizado. —No seré capaz, Sergio —me dijo. —Capaz de qué —le pregunté. —No seré capaz. No podré cantar. Ese bruto del Cuchilla estará mirándome, dirá en voz alta: "Yo veré, yo veré", y los bestias se burlarán de mí. Nunca, nunca vayas a decirle a mamá que venga a la presentación. Te mato. —Tranquilo, Pata, no se lo diré. —Y si no te mato, no te vuelvo a hablar. —No te preocupes. No voy a decírselo. ¿Amigos? Sus ojos se aguaron: —Amigos. —Pero tú sí debes cantar —le dije. ¿Qué otra cosa podía decir? Sus ojos me indagaron, con desconfianza. ¿Le hablaba en serio? Claro que sí—. Eres nuestro representante —seguí diciéndole. Al principio me indigné—: Tápale la boca al Cuchilla. Demuéstrale que tú cantas. Acuérdate cuando te oímos: todos muditos de la emoción. Oye, Pata... Se lo dije. Le dije Pata. Eso me destrozó. Me angustié yo, se angustió él, pero seguí:

—Eres el único de los nuestro que da la cara, eres el de mostrar. Los demás todos borregos, como yo. Acuérdate que cuando yo recité se durmieron. ¿Por qué te afliges, Patita?Volví a decírselo. Nos contemplamos atónitos. Acaso la amistad zozobró. Hubo dolor. Desconsuelo. No me importó. Insistí:—Sólo vas y te sientas al micrófono, cierras los ojos y cantas, y listo, nada más, Pataecumbia. El resto déjalo por cuenta de las orejas. Cuando el colegio entero te escuche hasta el padrecito se pondrá a llorar.

Y era que Pataecumbia lloraba en silencio, señores.Lloraba, como yo.De pronto llorábamos los dos, en silencio. Y eso que nos habían dicho que los hombres no lloran, pero éramos niños, aún, ¿qué importa?—No —dijo Pataecumbia—. No podré. Le diré al profe Muñoz que me cambie por otro, que mi guitarra dio un brinco y se partió.Su voz temblaba, aterrada.—Tú tienes la culpa —me dijo—. Tú me metiste en esto.—¿Cómo yo? Fresco, Patita. Carajo, hazlo por tu mamá.Fue lo único que se me ocurrió. Y resultó. Pataecumbia tragó aire. Se quedó un buen rato en silencio. Me confesó:—Siempre que estoy en mi cuarto, tomo la guitarra, cierro los ojos, me imagino en el patio del colegio, el padrecito y ustedes, los profesores mirándome atentos, y... Cuchilla en cualquier parte: "Yo veré, yo veré", y entonces no me sale la voz, Sergio, los dedos se me entumecen, la guitarra parece de hielo, me quema de frío, la letra se me escapa de la memoria, ¿qué voy a hacer?—Haz al revés —se me ocurrió—. Cuando te presentes en el colegio cierra los ojos. Piensa que estás en tu casa, con tu pez y con tu mamá, conmigo, solamente nosotros, y te pones a cantar.Me miró como si acabáramos de ganar la batalla de Boyacá.Nos reíamos como locos. —Y el día de Santo Tomás es el próximo viernes —me dije en voz alta, mientras la cara sonriente de Cantinflas desaparecía en la pantalla detrás un inmenso FIN—. Claro, es el viernes próximo, ¿cómo no me acordé?Miré a Dani, para confirmar si el próximo viernes era Santo Tomás. Oh sorpresa, Dani dormía a pierna suelta en el sillón. Bien, como que todos en nuestra casa dormían, ese domingo. Los únicos despiertos éramos yo y el televisor.—Oye, Dani —quise despertarlo—. ¿El próximo viernes es Santo Tomás?No respondió. Dormía plácido, la boca abierta. La cabeza de madera en sus manos parecía un pato Donald triste, sin terminar. Pobre Dani enamorado, mejor dejarlo dormir.No. Imposible. Yo quería despertarlo: ¿El próximo viernes es Santo Tomás?

Papá y mamá me ayudaron a despertarlo, pues de pronto se abrió la puerta de su cuarto y salió papá dando voces:—El colmo —decía—. Los nuevos vecinos no dejan de gritar como desplumándose, ¿quiénes son?, ¿cuándo llegaron? Este es un barrio decente, ¿habrá que llamar a la policía?Así hablaba papá.En un dos por tres ya Dani se había metido a nuestro cuarto, y se asomaba a la ventana, sin miedo, poseído de curiosidad. También mamá se asomaba en su cuarto. Papá se encerró en el baño con un portazo. Yo preferí ser astuto, más astuto que Ulises, que el mismo Danísimo: bajé al patio y trepé como ardilla al tejado.

Y me armé de los lentes.Es cierto que perdí segundos preciosos en el trayecto, pero pude abarcar el territorio, por fuera y por dentro. Por fuera: varios invitados brotaban en manada de la casa del Cuchilla. Galopaban, chillaban, protestaban. Algunos abordaban un taxi, otros corrían desperdigados por la calle, en franca desbandada, buscando la avenida. Por dentro: la mujer del Cuchilla como un hacha de luz pidiendo justicia, vociferaba. Se había apropiado de la nariz del Cuchilla; tiraba de su nariz como de un carrito de ruedas y lo hacía dar vueltas y revueltas y más vueltas. Los dos músicos se balanceaban detrás, en zigzag, y procuraban calmarla con toda clase de gestos y palabras y hasta reverencias. Entonces la mujer se volvió a ellos, los descubrió y, sin soltar de la nariz a Cuchilla, empezó a arrojarles el mundo a la cara: platos, vasos y copas, trozos de carne chamuscada, y hasta una silla.¿De dónde sacaba fuerzas?Los dos músicos recuperaron sus instrumentos y huyeron desbocados del patio. En la mitad de un segundo los vi salir por la puerta principal como rayos, y no se volvieron a mirar. Horrorizados, corrían idénticos a nosotros en el colegio cuando el profe Cuchilla nos perseguía a gritos. En el patio la mujer de Cuchilla ahora lo tiraba por las orejas. Sabe Dios qué dijo Cuchilla para enfurecerla. Pero ella lo hizo arrastrarse un buen rato, girar como un trompo y volar como un aspa y luego se lo llevó del patio.Sin embargo, no salió Cuchilla de su casa.La puerta cerrada, igual que el fin de la fiesta. Oí que alguien reía, a mi lado, en el techo. Reía, libre, libremente. Era Dani. Yo me reí con él, un tiempo. Libre, libremente. Pero entonces, de manera inesperada y progresiva, algo como una especie de tristeza me hizo callar y bajar

del tejado. "Pobre Dani", pensaba. "Pobre Pata". "Pobre Cuchilla. Pobre mujer llorando". "Pobre yo. Pobre domingo". No quería sino leer Montecristo, para olvidarme del mundo.

#### CUARTO ASALTO

El lunes era difícil despertar. La semana entera se avecinaba: un puente para cruzar, con el colegio en medio, repleto de trampas. Ya papá había madrugado al aeropuerto: otro viaje lo esperaba. Y mamá: de mal humor. Nos remeció su voz hurraña: — ¡A bañarse! ¡El desayuno está servido! ¡Tiendan sus camas! Con el sueño todavía nadando en los ojos, me imaginé que tendía mi cama al tiempo que me bañaba y desayunaba, todo de una vez. Pero seguía en la cama. Dani salió de la ducha más dormido que yo. El agua fría tampoco me despertó: era como si no quisiera acordarme del domingo. Ya en la puerta, mamá nos despidió más tranquila. Igual que todos los días, nos dio el dinero para el bus, para el almuerzo en el colegio: roscón y gaseosa, o mogolla y gaseosa, o papas fritas y se acabó. Íbamos por el andén frío, hacia la esquina, como sonámbulos. Seguíamos dormidos, señores. Así eran los lunes. Y cuando enfilamos hacia la autopista, un olor en el aire, un olor conocido, de enjuague bucal, de antiséptico —desinfectante de boca y garganta—, nos hizo detener un segundo y mirarnos con Dani, los ojos bien abiertos.

—Cuchilla —dijimos a la vez. Ese era el olor de Cuchilla, claro. Su rastro penetrante se hacía cada vez más preciso, más *gélido*, próximo a nosotros.—Allí va —dijo Dani, con un hilo de voz. Y era verdad: adelante, a media cuadra de distancia, la espalda encorvada del profe avanzaba también en dirección a la autopista, oh, sería nuestro calvario: Cuchilla ni siquiera iba en taxi al colegio. Dani me agarró por el brazo. "Sigamos otra ruta", me dijo. "Puede descubrirnos".—Tarde o temprano nos descubriremos —le dije. Pero ya Dani subía corriendo por otra calle. Lo seguí. Dani era patético: sinceramente preocupado, miraba a todas partes como si Cuchilla lo siguiera, y, lo que era peor, lo correteara no ya en el colegio sino en nuestro barrio. En la autopista, agazapados detrás de un árbol marchito, vimos abordar un bus a Cuchilla. Por supuesto, dejamos que pasara ese bus, y esperamos otro.—Llegaremos después que él. Nos retrasaremos —dijo Dani—. No lograremos entrar primero a su clase, nos pondrá una estaca por incumplidos, perderemos historia, segurísimo, fritos, estamos fritos.—¿Quieres callarte? Lo único que tendremos que hacer de ahora en adelante es madrugar primero que él, y listo.—Madrugar primero, ¿te parece fácil? Y ocurrió. La clase de historia era la primera de la jornada, ese lunes. Cuando llegamos corriendo al salón, ya Cuchilla gritaba dentro, la puerta cerrada. Debí llegar medio minuto antes que nosotros. Eso me animó a golpear la puerta. El mismo Cuchilla abrió: asomó su cara de nariz rojiza; su olor a desinfectante nos paralizó —¿Se les pegó la cobija, gemelotes? —nos preguntó—. A mi clase no entran los perezosos. A mí me gusta la gente responsable. Un uno, papitos, como una estaca. Y nos cerró la puerta en las narices. Oímos que el curso entero se carcajeó. Nos quedamos mirando a la cara con Dani, aturdidos. "Bien", dijo Dani, "Estamos hechos". Y nos sentamos en el pasillo de hielo, a esperar que acabara la clase de historia. Yo tenía un cuaderno en mis rodillas, abierto, la hoja blanca y el bolígrafo. Arranqué del cuaderno la hoja como un ala. No sé por qué lo hice, pero por primera vez empecé a escribir una nota al Cuchilla, sin recurrir a las letras impresas del periódico. Con mi propia letra, escribí: *Te jalaron muy bien de la nariz el domingo, borracho*, y teñí las palabras con rabia, una y otra vez. Dani estudiaba en el libro de historia: se lo aprendía de memoria. No pasaban quince minutos cuando llegó el portero del colegio, y golpeó a la puerta del salón. Abrió Cuchilla, gritando: "Qué pasa, gemelotes". Al portero le temblaban las rodillas.—El padre Acuña lo necesita, profesor —dijo. Y se fue. Vaya. Qué noticia. Necesitaban a Cuchilla en rectoría. Qué bien. El mismo Cuchilla pareció estupefacto, un instante.—Entren, gemelos —nos dijo, y se volvió a los borregos—: Me esperan en silencio, bribones. Una estaca al que hable. Entramos.— ¿Qué sucede? —nos preguntó Gómez—. Hoy Cuchilla está más furioso que nunca.— ¿Y qué sabemos nosotros? —le respondió Dani, yendo a su pupitre. Varios de los borregos se levantaban de sus puestos, se desperezaban, hacían piruetas de peligro, esperando que Cuchilla apareciera, y ellos los héroes, los atrevidos. Yo, como al desgaire, como si alguien extraña a mí mismo me empujara, pasé por la mesa del profesor, vi los libros de Cuchilla encima y, veloz, metí mi hoja en la primera página del primer libro. Ninguno de los monigotes se dio cuenta. Me senté. Cuchilla no demoró. Se veía más aterrador que nunca. Se estuvo un minuto en silencio, contemplándonos a todos con frenesí. ¿Por quién empezaría? ¿A quién correspondería salir al tablero a responder? Temblábamos.—Hoy vamos a iniciar otro capítulo de nuestra historia —dijo, yendo a su mesa. Eligió el primer libro y lo abrió por la primera hoja. Dios. Leyó. Leyó mi nota con mi propia letra en el papel. Lo vi palidecer. Creo que sus labios empezaron a temblar, y sus orejas, su nariz, sus zapatos. Después se paralizó. Los dedos como garfios se enterraban en el libro. Estrujó el papel, se lo guardó en el bolsillo. Pareció tragar aire. Y se volvió a nosotros.—Papel —dijo—. Un papel sobre sus mesas, ¡ya! Este último ¡ya! sonó como un cañonazo. Los borregos se lamentaron, ¿qué hemos hecho?, ¿por qué examen?, nadie nos advirtió.— ¡Ya! —volvió a gritar Cuchilla. Fue otro examen de los clásicos. Su manera de explicarnos oficialmente que de cualquier manera ya teníamos otra estaca en el corazón. Perderíamos historia, seguro, ese año. Nos preguntó: *A qué hora nacieron los sapos*. Y ni siquiera nos dio tiempo a terminar de responder. Empezó a recoger las hojas, vertiginoso, con toda la rabia de que era capaz. De cualquier manera yo respondí, en mi hoja: *A las tres*. Cuchilla atrapó mi hoja de un manotazo y la leyó. Se me quedó mirando rojísimo, un instante. Me horadó. Un escalofrío como una punta de hielo desde mi nuca hasta mi estómago me dividió. Me arrepentí como nunca de mi nota. Primero, Cuchilla podría sospechar y confrontar mi letra con la letra de la última nota que dejé (la primera a mano). Segundo:

Ahora no podíamos permitir que supiera que éramos sus vecinos. Sólo un vecino podía saber que el domingo lo tiraron de la nariz. Me arrepentí más, por Dani, por mí. Cuchilla se las arreglaría para expulsarnos del colegio, seguro. ¿Por qué dejé esa nota en su mesa? Dios, qué borrego. ¿Por qué escribí aquello? ¿Qué me importaba su nariz y su borrachera? Su nariz era un asunto privado. Me disolví ante la mirada taladrante del Cuchilla. Por ser así, pensé, como yo soy, he metido mi vida en tantos líos. La guerra, nuestra guerra, la guerra entre Cuchilla y yo, había terminado. No demoraría en descubrirme, y al paredón, *ipso-facto*. Bien, a pesar de todo, me esforcé por aguantar las rojizas pupilas del Cuchilla: yo el inocente, ¿qué sucede, profesor, algún problema? Cuchilla dejó de escrutarme. Retrocedió a su mesa. Se sentó. No dio clase ese lunes. Se dedicó a examinarnos, uno por uno, mientras todos los borregos como estatuas de cera se desleían del susto y la curiosidad, ¿qué ocurre con el profesor?, sólo nos mira y nos mira, nos remira, y nada más. Sonó el timbre. Fin de la clase. Cuchilla abandonó el salón sin un grito, sin una reconvención. No dejó tarea para la clase siguiente, ni lección. Su espalda parecía más encorvada que nunca.— ¿Qué papel le dejaste a Cuchilla en su libro? Era el recreo, y los ojos inmensos de Pataecumbia me contemplaban admirados. No respondí.—Tú le dejaste una nota al Cuchilla —dijo—. Algo que lo enfermó, lo hizo trizas. Me di cuenta, Sergio. Leyó lo que tú escribiste, y se murió. ¿Qué le escribiste?—*Le escribí*: De todas maneras Pataecumbia va a cantar Soledad. *Eso le escribí*. El Pata siguió examinándome con la boca abierta.—¿De verdad le escribiste eso?—Claro, Pata. Le estaba advirtiéndolo. El Pata se lo creyó. Qué Cándido.—Todavía no sé si seré capaz —dijo. Y no lo volví a ver. Después supe que se encerraba en el solitario baño, esos días antes del día de Santo Tomás, durante los recreos, y cantaba Soledad, sin guitarra, para mejorar la voz, para memorizar su letra en el alma, para no olvidar cada palabra a la hora de la verdad. A Dani no le conté de mi última nota, ¿para qué? Pobre Dani, ya estábamos liquidados. No demoraría en caer la venganza de Cuchilla sobre nuestras cabezas, peor que una guillotina. Ese lunes en la noche no me fue posible leer Montecristo. El martes fue un día de descanso universal: no teníamos clase con Cuchilla. Además, mamá nos llevó al cine de seis de la tarde. Fue una película de Caballeros del Rey Arturo que yo agradecí como nunca: me olvidé del Cuchilla, de mi mensaje, de Dani y el mundo. Qué bello ser el mago Merlín y vivir retirado en el bosque, hablando con las lechuzas. Sin embargo, cuando salíamos del teatro nos tropezamos a bocadejarro con el Cuchilla y su esposa, que habían asistido también a la película, muy bien cogidos del brazo, risueños, más amorosos que las palomas. Si Dani no se cayó fue porque pudo recostarse a la estantería del teatro, donde guardaban las chocolatinas y gaseosas para la venta. Además, la sola presencia de mamá pareció detener a Cuchilla. Eso creí yo. Nos miró en un relámpago, nos reconoció, Dios, supo al fin de dónde venían los mensajes secretos en su mesa. Sus ojos brillaron con un destello de metal al rojo. Pero siguió avanzando de gancho con su mujer, más linda que nunca —diría Dani—: tenía un vestido como de gasa rosada, y parecía flotar. Su sonrisa era sincera, feliz. Y mamá -que por supuesto no sabía qué sucedía-, recorrió con nosotros el camino de vuelta a la casa detrás de Cuchilla y su mujer.— ¿Se dieron cuenta? —nos susurró—. Esos son nuestros vecinos. Se nota que ya hicieron las paces, y qué linda pareja hacen, ¿cierto? Ay, mamá, nunca fui capaz de contarte nada, ¿por qué? Tampoco a papá le revelamos nuestras cosas. Ellos ni se soñaban con lo que realmente ocurría entre Cuchilla y nosotros. Incluso, cuando arribamos a casa —siempre detrás del Cuchilla y su mujer, y al tiempo que ellos—, mamá tuvo la gran ocurrencia de saludarlos. Saludó al Cuchilla y su esposa, Dios. También ellos respondieron sonrientes al saludo: hasta luego, que duerman, que estén bien. Como buenos vecinos. Pero al llegar al cuarto Dani y yo nos contemplamos: pálidos como una hoja. Como la hoja de cuaderno que yo había dejado en el libro de Cuchilla, con mi letra de verdad. Y Dani todavía sin saberlo. Ya acostados, cada uno bocarriba en su cama, las luces apagadas, ninguno de los dos lograba dormir. Ambos lo sabíamos. La mañana siguiente había clase con Cuchilla. La mañana siguiente era la venganza de Cuchilla.

#### QUINTO ASALTO

¡Vecinos! —gritó, de pie en el centro de la tarima. Todos los borregos se contemplaron admirados: ¿vecinos?, ¿qué era eso de vecinos?, ¿estaba loco el Cuchilla?— ¡Vecinos!—volvió a gritar—. ¡Al tablero! De nuevo los borregos se deshicieron en murmullos interrogadores.— ¡No vuelvo a repetirlo! —gritó Cuchilla. Tenía las piernas separadas, y estaba vestido de negro, más delgado y afilado que nunca. Su boca ancha sonreía, brillante. Los segundos palpitaban, lentísimos. Creo que Dani y yo nos incorporamos al tiempo. Pasamos al cadalso, en el silencio del frío. Los ojos del Pataecumbia me despidieron acongojados, como si ya jamás volviéramos a vernos.—Gemelos —dijo Cuchilla, con otra voz, más suave, pero no por eso menos pérfida—. Vecinos —añadió—, gemelos, gemelitos, mis querubines, quién lo iba a creer, por fin los descubro. Qué par de angelitos. El curso pendía de un hilo. Bueno, de manera que los gemelos eran vecinos de Cuchilla. ¿Y qué? Cuchilla descendió de su estatura, casi que se arrodilló ante nosotros. Su aliento de enjuague bucal nos paralizó por entero, como el aliento de las serpientes poco antes de adormecerte y triturarte. Confieso que yo estaba a punto de llorar. Dani era un quejido, ¿o no, Dani? ¿Sí o no? Sí, sí.

Cuchilla no habló: nos susurró a los dos, para que nadie oyera, abrazado a nosotros, como cómplices, como si dispusiéramos un plan de juego, nos susurró:— ¿Quién de los dos escribe estas notas? Tenía, en una de sus manos de alambre, prensada, mi última nota, de mi puño y letra. Oí, de inmediato, la tímida voz de Dani, su voz hecha agua, la voz de mi hermano, mi gemelo:—Él, profesor. Y su dedo tembloroso me indicaba. A mí.



¿Sí o no, Dani? ¿Sí fue así? Sí, sí.—Siéntate, sapo —le susurró Cuchilla a Daniel. Y quedamos solos Cuchilla y yo.—¿Cómo dices que te llamas? —me preguntó, ahora gritando. No recuerdo qué respondí. Supongo, claro, que debí decir mi nombre. Pero todavía no sé si fui capaz de decir mi propio nombre. El hechoera que no lograba escuchar bien a Cuchilla, ni escucharme yo. Un estruendo de risotadas en todo el salón me sacudió un instante. Cuchilla acababa de ponerme un apodo, y luego otro, y más apodos, en seguidilla, apodos que tenían que ver con mis grandes orejas, mi mirada adormecida, mi modo de levantar la cabeza o bajarla, mi modo de respirar, hablar y callar y vivir y morir. Toda la hora de clase fui víctima del Cuchilla, y no dije una palabra. No sonreí, como otros borregos cuando Cuchilla los hacía víctimas, pero tampoco lloré. Simplemente lo miraba ante mí, gesticulando apodos como cañonazos. Finalmente, me puso tantos apodos que no me quedé con ninguno. Veía su boca moverse, sin oírlo. Creo que hasta me olvidé de él, por un instante. Me sentía fatigado, y hoy me parece que también Cuchilla se desmoronaba ante mí, exhausto de estigmatizarme. Creo que se asombraba progresivamente de mi silencio, de no mostrar en la cara nada de lo que me ocurría por dentro. Aquella fue una señora experiencia, señores. Cuando Cuchilla me ordenó que regresara a mi pupitre, yo no oía nada. Sólo veía rostros riéndose sin sonido. Alguien me dio una palmada en los hombros, y no repliqué. Me dejé caer en mi silla como si me derrumbara. Ese miércoles, recuerdo, la clase de Cuchilla era la última de la mañana, antes del recreo. Debí sonar el timbre, porque todos los borregos trotaron lejos del salón. Quedó conmigo en la clase, únicamente, Pataecumbia, o sus ojos inmensos indagándome. No entendí qué me decía. Pero agradecí su presencia. Sólo después de escucharlo repetir muchas veces la misma frase, pude entenderlo. Me convidaba a comer roscón y gaseosa.—Yo pago —dijo. Parecía a punto de llorar.—Tranquilo, Patita —le dije. Para mi propia sorpresa, mi voz no temblaba. Me sentía duro, durísimo, de piedra. Y le dije: —Sólo tienes que cantar este viernes. Me dejó solo, para no verme llorar, o para que yo no lo viera. Y por primera vez, ese miércoles, Dani y yo regresamos a casa por diferentes caminos.—Perdóname Sergio.—Por qué, Dani.—Por sapo.—Cuál sapo. El único sapo es Cuchilla.—Perdóname.—Listo. Perdonado. Le hice la señal de la cruz en la cabeza, como un curita, como si lo confesara, y nos reímos. Eran las nueve o diez de la noche. Hasta ese momento ninguno de los dos nos habíamos dirigido la palabra: pero entonces Dani se llegó al cuarto de un empujón, intempestivo. Yo me encontraba leyendo en la cama. Dani abrió la puerta de sopetón, me miró y me dijo: "Perdóname", y ocurrió lo que ocurrió, hasta que reímos. Fue el destino: Llegó mamá al cuarto y me dijo, me lo dijo a mí, que estaba leyendo en la cama, no se lo dijo a Dani, me lo dijo a mí:—Corre a la tienda. No hay huevos ni pan ni chocolate. Estoy en las nubes. Me extendió unos billetes y la llave de la casa.—Corre a la tienda, que cierran. Ni modo. Cerré el Montecristo y salí al frío, la noche. La tienda, como todas las tiendas del mundo, quedaba en la esquina. La divisé todavía abierta, gracias a Dios. Me eché una carrera. Compré el desayuno del jueves y salí, ya sin prisa. Miré en derredor: en plena esquina de la tienda de la esquina, sentado en un muro blanco, había un hombre completamente doblado sobre sí: de un momento a otro podía caer de cabeza, seguro. Tenía una botella en la mano temblorosa. Pero antes de caer él, dejó caer la botella, que no se rompió. Se oyó el líquido regándose a borbotones. Me detuve a su lado. Claro. Era Cuchilla. Vi que abría un ojo, mirándome con esfuerzo.—Joven —dijo sin reconocerme—, indíqueme el camino, yo busco... ¿qué busco? Una casa... una mujer... No pude entender más. Hablaba en jerigonza, otro idioma. Una especie de barboteo inverosímil. Comprendí que intentaba dar la dirección de su casa. Hablaba de un taxista negligente que lo arrojó en esa esquina. Yo seguí mi camino. Sin embargo, no pude entrar en mi casa. No. ¿Por qué no? Vi que en casa del Cuchilla, asomada a la ventana, la mujer esperaba. Era un rostro quieto, pasmado. La luz eléctrica de los postes la iluminaba. No parecía reparar en mi presencia. Me ignoraba. Dejé el desayuno del jueves ante mi puerta, y regresé con el profe Cuchilla. Ahora lo encontré bocabajo completamente estirado en el andén, como si durmiera. Pero no dormía, se arrastraba.—Profesor —le dije. A la sola mención de esa palabra, el Cuchilla se sacudió, eléctrico. Sus ojos se abrieron, desmesurados. Con gran esfuerzopudo sentarse. Era como si una gran vergüenza lo enrojeciera. —Gemelo —dijo—. Mi gemelito vengador. Y levantó el dedo índice. Iba a decir algo importante, pero no dijo nada. El dedo volvió a caer, abatido.—Su casa queda hacia allá —le dije, indicándole el camino. Volvió a elevar el mismo dedo. Cruzó las piernas.—Joven —repetió. Y luego, la voz más triste que he oído nunca:—Perdóneme. Bueno, es la noche de los perdones, pensé. Seguí oyéndolo:—No cuentes a nadie nada, y amigos, ¿sí? Levantó el brazo. Ayudé a que se incorporara. Increíble, no pesaba. Parecía una pluma. Creo que pude llevarlo cargado, pero no fue así. Dos casas antes de llegar a su casa se sacudió. "Debo llegar yo solo", me dijo. "Tengo que llegar solo. Gracias". Parecía un milagro: empezó a caminar derecho, erguida la cabeza, firmes los pasos uno detrás de otro. Dios, su mujer lo aguardaba. Entré en mi propia casa, como un rayo. Dejé el desayuno en la mesa y subí corriendo las escaleras. Mamá ya estaba acostada.—¿Todo bien?—me preguntó desde el lecho.—Todo —y seguí derecho a mi habitación. Dani se empiyamaba. Se lo conté todo, a susurros.—Debiste mandarlo al infierno —me dijo—. ¿Por qué lo llevaste a su casa?—No sé, Dani. Te juro que no sé. De un salto Dani apagó la luz. Abrimos cuidadosamente la ventana y nosasomamos. Sentado en su antejardín, Cuchilla otra vez como un garfio doblándose debajo de su ventana.—Amor —lo oímos—. Déjame entrar, vida mía. Golondrinita herida, perdón.—Espérate —dijo la mujer—. Voy a pasarte algo. Y desapareció de la ventana. "Lo va a lavar otra vez", pensé admirado. Dani lo mismo:—Uy, lo van a duchar. Pero la mujer asomó sin ningún cántaro en las manos. Sí señores: en lugar de la olla tenía la guitarra del Cuchilla, y parecía que iba a arrojársela.—No —se lamentó el Cuchilla—. Con la guitarra no. Y se puso de pie, y se balanceaba. Su voz se aclaró, parecía despertar de la borrachera a pasos gigantescos.—La guitarra no, amor —dijo—, la guitarra no tiene la culpa. Si quieres tírame la nevera. La



mujer se quedó estupefacta un segundo. Después me pareció que sonreía. Y desapareció con todo y guitarra de la ventana.— A lo mejor va por la nevera —le susurré a Dani.Ninguna nevera saltó por la ventana. Se abrió la puerta de la casa y apareció la mujer, los brazos abiertos, realmente afligida. Cuchilla fue a ella, o cayó en ella, y los vimos trastabillar, sin dejar de abrazarse.—Amor —decía ella—. Amor.—Amor —replicaba Cuchilla—. Amor.Ambos eran esa única palabra, amor, un millón de veces repetida, hasta que la mujer cerró la puerta.Dani se echó en su cama, furioso. Y pasó el tiempo. Y llegó el sueño.— Debiste mandarlo al infierno —decía Dani, en el instante mismo que nos dormíamos.

## SEXTO ASALTO

Era jueves y a Dani se le ocurrió la idea de un dolor de muelas. Me tomó por sorpresa. Vino mamá a indicarme que debería ir solo al colegio porque se llevaría a Dani con el dentista. Y no había manera de que también yo tuviera otro dolor de muelas para lograr esa felicidad: no ir al colegio. "¿Por qué —pensé— no quiere ir Dani al colegio?", y concluí: "Por miedo. Hay clase historia. Teme que el Cuchilla se haga cargo de él, como conmigo".—Dani —le dije, a solas—: Cuchilla no te hará daño. Anoche quedamos de amigos. Me pidió perdón, imagínate. Me dijo:"No cuentes a nadie nada, y amigos Vamos al colegio, qué dolor de muelas de mentiras, yo sé que no es cierto.Mamá no nos oía.—Cuchilla es traicionero —dijo Dani—. Te dijo una cosa, borracho, y otra te dirá en sus cabales. Yo no confío en él.Las palabras de Dani, serias, como las de un adulto, me hicieron pensar. Podía tener razón, Dios. Mejor la cautela. Seguí oyéndolo:—Mi dolor de muelas es cierto. Desde hace un año las muelas se me caen a traición.—Claro, por eso comes tan rápido —le dije—, y destapas las gaseosas con los dientes. Yo te he visto, dentadura de caballo, no mientas. Acompáñame sin miedo.—No voy —dijo—. No quiero al Cuchilla, hoy. No lo resisto. Tal vez la semana próxima, cuando le cuente a papá lo que sucede. Quiero que papá le casque.—Papá no nos cree. Le da la razón al profe.—Le voy a contar al mundo que eseCuchilla es un borracho, que su mujer lo jala de la nariz.—Quédate. Allá tú.Salí esa mañana solo, con mis cuadernos y libros, padeciendo la más grande envidia por Dani, mi hermano feliz: sin colegio, jueves de vacación, para él, uf, ¿qué tal un jueves para mí? Acabaría con el Montecristo, me daría un paseo por el parque, la cancha para mí, los árboles sin niños, los árboles solos, como yo.lba a la autopista y me detuve. Di media vuelta. Fui al parque y me senté en el columpio, solo. Por las orillas vi pasar a varios borregos, de distintos colegios, apresurados. A muchos los recogía el bus; otros buscaban con afán su bus particular; algunos viajaban con su chofer; en fin, me distraje: cualquiera de ellos podía ser yo, la cara al viento, aterido, responsable. Voló el tiempo. Ahora me distraían las señoras de casa, con sus bebés y sus charlas interminables, en dirección al mercado. Alrededor del parque, en todas las casas, los jardineros felices, los jardineros en los jardines, rostros tranquilos, camisas abiertas al sol. Qué maravilla ser jardinero. Claro, ninguno de ellos debía ir al colegio, pensé.Serían las diez de la mañana cuando me agoté del mundo y decidí volver a casa y resignarme al castigo de mamá: qué diablos: a fin de cuentas también yo necesitaba que revisaran mis muelas. Nada se perdería.lba por la mitad de mi cuadra cuando vi que Dani salía de casa, sin mamá. Acaso lo enviaban a la tienda. No. Dani atravesaba la calle, despacio, como arrepentido de caminar, la cara puesta en la casa de enfrente. Me remecí de estupor. Dani avanzaba a casa del Cuchilla. Y llevaba algo en las manos. Su perfil me causó risa: como si rezara. Era tanto su arrobamiento que no reparó en mi presencia, a seis pasos, a cinco. A cuatro. A tres. A dos. No me descubría el muy bestia.No di crédito.Pobre Dani.Seguía enamorado. ¿Cuánto dura eso?Llevaba en sus manos su pato Donald, o la cabeza de mujer que él creía una cabeza de mujer, la cabeza de la vecina, además, una naranja.La mismísima naranja que yo recomen dé que regalara a la vecina, para presentarse. Había seguido mi consejo al pie d la letra.Pobre Dani.Un paso cerca de él y no me determine Levitaba. Estuve a punto de estirar m brazo y tocarlo, pero lo dejé hacer, ¿pe qué no? Lo seguí hasta la puerta de la vecina, o, mejor, lo seguí nada menos que hasta la casa del mismo Cuchilla. Fui un gato, sin ruido a sus espaldas. Cuánto amor en tus ojos, Dani, para que no m determinaras. Ah, bandido: fingiste el dolor de muelas, no por temor a Cuchilla, sino por llevarle a su mujer una naranja y una cabeza de pato Donald. Quién iba a pensarlo, Dani, el primer enamorado.Golpeó a la puerta, tan débil que ni el mismo escuchó. Estuve a punto de golpear por él, hacerle ese favor. Golpeó más fuerte, oí perfectamente cómo tragó saliva, y luego aire, y vi cómo sus manos cubrieron con toda su fuerza la cabeza de madera y la naranja ombligona.La puerta se abrió, por fin.La mujer en pijama, un perfume de nardos nos rodeó al instante.Nos reconoció con una sonrisa.—Gemelitos —dijo.Dani se volvió a mí, enrojecido como un tomate. Pensé que iba a pegarme, pero no, al contrario: pareció agradecer a Dios que me encontrara a su lado, en semejante trance.—Le traemos esto, de regalo —dijo Dani.—Pero qué encantos -Su dulce voz nos confortó los ánimos. No podré olvidar su voz, la gran alegría de su voz. Era imposible que la dueña de esa voz lanzara una guitarra por la ventana. Con toda razón no la tiró.—Muchas gracias —dijo, observando con asombrada atención la cabeza tallada—. Qué muñeco tan lindo —añadió. Estuve a punto de reír. Ella no suponía que se encontraba acariciando su propia cabeza en madera, según Dani. En realidad,sus manos blanquísimas acariciaban el pato Donald, le daban vuelta a uno y otro lado, con suavidad. Era como si no entendiera dónde quedaba la cara y dónde las orejas. Por fin desistió de su examen—: ¿Quieren pasar a tomar un refresco? ¿Les gusta la torta de vainilla? Guillermino, su profesor, no pudo ir hoy al colegio, y nos acompañará.Dani y yo nos miramos. Increíble: Cuchilla estaba en la casa. Pero si Cuchilla nunca faltó a clase —pensamos en un segundo—, Cuchilla jamás se ausentó. ¿Se moría acaso? Dani y yo seguíamos mirándonos, sin atrevernos a nada, de nuevo más pálidos que la hoja que yo escribí con mi propia letra. Dios, estábamos muertos.Y oímos la voz del Cuchilla, desde aden-

tro: "Sigán, gemelos, ¿tampoco pudieron ir al colegio?" y entonces soltamos al tiempo la carrera más veloz de nuestras vidas, sin dirección fija, como si nos espantara el diablo. Nos detuvimos en la porra, cuando los corazones ya no podían, pum, pum.

#### ASALTOFINAL

Día de Santo Tomás. El colegio uniformado. Los peludos de último año arrojaban al hielo sus voces en coro; era un cántico esperanzado; la iglesia se estremecía. Incienso en el aire. La comunión nos santificaba. El padre Acuña alumbraba debajo de su dorada sotana. Los profesores en primera fila, arrodillados. En mitad de sus cabezas, la descarnada figura de Cuchilla, rezando. Todos iguales, señores, ellos y nosotros, a los ojos de Dios. Después de la misa el tropel. Carrera de patinadores. Fútbol (el gran Dani jugó su partido. Boxeo, karate y ajedrez (aquí entré yo: seis veces vencido). La gente sudaba. Tronaba. A mediodía tendríamos un plato de lechona asada, gratis. En la tarde los padres de familia aparecerían, los invitados, las novias de los peludos, con sus mejores galas, las abuelitas y las nietecitas, caperucitas sin lobo. Ya la tarima estaba instalada; los técnicos probaban los micrófonos: "Aló, aló, ¿me escuchan?" El colegio un juego: —¡Escuchamos, escuchamos! Yo buscaba a Pataecumbia por todas partes. Nada. Algún borrego me dijo que el Pata ni siquiera trajo la guitarra, "Es un cobarde", me dijo. No lo pude creer, pero me preocupaba. Era el día de Santo Tomás y no había clases: ¿en dónde te escondías, Pata? Le dije a Dani que me ayudara a encontrarlo, pobre Dani: no metió su gol, como acostumbraba. Jugó su partido desconcentrado, casi afligido. Lo llamaron "tronco" sus rivales. Se indigestó y se pegó con el Tártaro. Los de su equipo, asombrados: Dani jugó como un desconocido, peor que un marciano. Fui con él, mientras se despojaba del uniforme embarrado. Sudaba enrojecido, en el vestidor. Bufaba. Tenía un moretón en la mejilla, el Tártaro pegaba: dos años mayor, pero Dani no sucumbió: le reventó las narices, y ambos finalizaron citados a rectoría, el lunes siguiente. Los excomulgarían, por violentos. Dani no estaba en su día. —¿Qué quieres —me preguntó—. —¿Has visto a Pataecumbia? —Y qué sé yo, a mí qué me importa —dijo. Iba a retirarme cuando me llamó, esta vez su voz desconsolada: —Sergio —dijo—, ese Cuchilla me hará trizas. Con toda seguridad ella le mostró la naranja, Dios mío. Le dijo que yo se la regalé. Y le enseñó la cabeza, que es la cabeza de ella misma, en madera, tallada por mí, estoy frito. Cuchilla pensará que es una burla, o sabrá que me enamoré. Me hará expulsar del colegio, eso es fijo, ¿te imaginas a papá?, mamá llorará, un hijo expulsado, el año perdido. Supe qué le pasaba. —Tranquilo, Dani —dije. Dudé un segundo: ¿revelaría mis planes? No. Dani se asustaría. —Dani —seguí diciéndole—, las cosas no ocurrirán como piensas. Yo lo tengo todo preparado. La cara de Dani se congestionó. Me rechazó con las manos. Parecía pedirme que desapareciera. —Siempre que dices "lo tengo todo preparado" me metes en líos. Y gritó, como a punto de llorar: —Por ti estoy como estoy, por tus consejos —y remedó mi voz—: "Regálale una naranja". Por tus mensajes, por tus notitas ocultas. Te lo advertí, ¿o no?, un día de éstos te atraparán, y te atraparon. Mejor no nos veamos, no somos hermanos, lárgate. Uf, qué hermano.

Por segunda vez, al igual que Pataecumbia, el mundo me echaba la culpa de todo, qué desgracia. Encogí los hombros y salí del vestidor. Me preocupaba el Pata. Si era verdad que no trajo su guitarra, habría que buscársela: otros peludos y teteros del colegio remolcaban sus guitarras: ¿Qué tal raptar una guitarra? Los músicos afloraban por los patios. Trinaban las flautas. Un peludo se enorgullecía de su violín. Incluso se hablaba de unos con guitarras eléctricas y batería. Esos ganarían, claro: les sonaría más duro, más eléctrico, y los curitas se impresionarían.

Me fui al salón, a ver si por si las moscas allí se encontraba Pataecumbia. El salón vacío. Es extraño un salón vacío. Yo en la mitad de los treinta y siete pupitres vacíos. Por un instante pensé que otros niños, voces invisibles, los ocupaban. Y que de un momento a otro aparecían: niños desconocidos alrededor. Fantasmas en pleno estudio, uf. Tuve un sobrecogimiento y preferí abandonar el salón. Al recorrer el pasillo, cerca de los baños, oí una voz: —Gemelo, ven. Era Cuchilla, Dios. Alcancé a distinguir en el extremo opuesto del pasillo la silueta de alambre encorvado. — ¡Ey! —me dijo, extendiendo su brazo. Debía estar indignado por los regalos de Dani. Corrí en dirección contraria, doblé hacia los baños. Abrí y cerré la puerta con fuerza: puse mi espalda, los brazos en cruz, cerré los ojos y esperé, en un hilo. Oí que los pasos del Cuchilla, afilados como él, se detuvieron un segundo ante la puerta, "Dios" pensé, "abrirá la puerta de un patadón. Me sacará de las orejas". No ocurrió: los pasos se alejaron, lentos, y languidecieron, y desaparecieron por el corredor. Entonces abrí los ojos: me encontré a bocadejarro con Pataecumbia, sentado en un rincón de los baños, debajo del lavamanos. Con su guitarra, gracias a Dios. El cojo ensayaba en los baños. En ningún otro lugar del mundo se le ocurrió ensayar su canción. —¿Qué sucede? —me preguntó. Puse un dedo en mi boca: "Silencio, Pata".

Hablé cuando estuve seguro de la ausencia del Cuchilla, y claro que no le conté de su persecución a Pataecumbia: eso lo hubiese fulminado; enmudecería para siempre, él y su guitarra. —Te andaba buscando —dije—. ¿De quién huyes? —me preguntó.

—De Dani. Sigue enojado conmigo. El Pata se entusiasmó. Su mano dio un arpegio que sonó como los ángeles, u, la acústica de los baños es como de iglesia, pensé. —Voy a cantártela —me dijo—, a ver cómo te parece. La he mejorado.

Bien, yo estaba hasta la coronilla de su Soledad; sin pretenderlo ya me la sabía de memoria, pero le dije que claro, cántala Patita, para eso estamos, tú para cantar y yo para escucharte. Y mientras el Pata cantaba -sus ojos cerrados- me dediqué a pensar en Cuchilla: qué raro. La voz de Cuchilla, al llamarme en el pasillo, no pareció una orden, un castigo. Era la voz de alguien... que quiere hablar por las buenas, un amigo. "No, no", me dije, acordándome de Dani. "Cuchilla es otro en el colegio. No es el mismo Cuchilla del barrio, duchado, borracho, caído y gritando te amo. Es el profe Cuchilla, y prepara algo en mi

contra". Me armé de valor. Tenía que hacerlo. Debía cumplir con mis planes. ¿Y qué planes, señores? Sencillo: el jueves en la tarde, cuando todavía el Pataecumbia estudiaba, fui a su casa y visité a su mamá.

—Señora —le dije—, Mauricio toca mañana en el colegio. Va a cantar Soledad.

Es el día de Santo Tomás, y se espera que vayan los padres de familia. La viejita se emocionó. Pensé que iba a llorar.

—Ay —me dijo—. Maurito es tan tímido: no me contó nada.—Tiene que ir, para ayudarlo —le dije.

—Y ayudarlo, ¿por qué? —me preguntó.—No sé —le dije—. A lo mejor si usted va él canta más lindo, ¿no?

Se quedó pensativa, unos segundos. Pude ver, sin querer, sus manos: los dedos gastados, enrojecidos, enarbolaban una larga aguja.—Ay —me dijo—, estoy terminando un vestido de novia y mañana debo entregarlo.

—Bueno —le dije—. Es mañana por la tarde, a las tres. Trate de ir.—Trataré.

Me despedí corriendo. Otra misión me aguardaba, más peligrosa y urgente: se trataba de la mujer de Cuchilla: también a ella tenía que invitarla, a como diera lugar. No comenté nada a Dani, y estuve espiando la casa de Cuchilla desde la habitación de mamá. Si el profe no abandonaba la casa, ¿cómo invitar a su mujer? Tendría que hacerlo en la madrugada del viernes, cuando Cuchilla saliera al colegio. Pero la suerte vino en mi ayuda: el profe abandonó su casa, las manos en los bolsillos. Como un relámpago crucé la calle, toqué a la puerta y esperé, el corazón pum pum. Abrió ella. Sonrisa universal. Su voz un abrazo caliente: "Gemelito" me dijo. Sin embargo, no distinguía aún entre Dani y yo:— ¿Eres tú el del muñeco? —me preguntó.—No. "Claro que no", pensé.

Le dije a toda velocidad que el profe Guillermino cantaría en el colegio, el viernes, día de Santo Tomás. "Es un secreto" le dije. Yo hablaba atropellado, y ella me descifraba maravillada. La invité: "Es por la tarde" le dije, sintiéndome Ulises, "no le cuente que yo se lo conté". Confieso que por primera vez la vi más bonita que cuando Dani la vio la primera vez. Sonrió con entusiasmo. Aplaudió.—Qué bien —dijo.—Para él será una sorpresa verla entre el público —dijo—. Y para nosotros también, señora. En realidad... queremos que sea una sorpresa, ¿sí? Será una sorpresa para todos. Ya iba a irme, el corazón en la boca, y ella me detuvo:—Su hermano es un amor —dijo—, qué tierno es. Salúdalo. Dígale que gracias por la naranja y el muñeco. Guillermino lo puso en la sala, junto a sus porcelanas chinas. "Uy", pensé, "el pato Donald de porcelana china".

Me despedí a tiempo. Yo sudaba en el frío: Cuchilla venía desde la esquina, con un talego de pan y una bolsa de leche. Seguramente silbaba una canción. Qué distinto al Cuchilla de los libros de historia, al Cuchilla de los gritos y empujones. No era él. Era otro. Dios, no me descubrió. Vi que entraba a su casa, sin tocar el timbre, usando su propia llave. Eso me pareció rarísimo.

—Y bien —me dijo Pataecumbia—, ¿cómo te pareció? ¿No me escuchaste? ¿En qué piensas?

—Bonita —le dije— tu canción. Ganarás o ganarás, seguro, Patita. Ahora vámonos a almorzar. Hay lechona gratis.

—No. Yo me quedo.

—Vamos, no seas terco. Necesitas comer.

—Me quedo.

—Bueno. Te traeré tu plato, dormilón.

—Es que tengo que ensayarla de nuevo, Sergio. Tengo que aprender a cantarla hasta dormido.

—Acuérdate de cerrar los ojos.

—No miraré a nadie. Pensaré que estoy en mi casa, contigo y mamá.

—Y con tu pez.

—La cantaré como nunca.

"Y te conviene", pensé, "porque viene tu mamá, nene".

Sin pedir permiso a mis oídos, el Pataecumbia inició por centésima vez su Soledad.

¿Por qué invité a su mamita? ¿Por qué a la mujer del Cuchilla? Esas son invitaciones inexplicables, ahora, para mí. Supongo que no quería estar solo, a la hora de enfrentar a Cuchilla. Esa debió ser la causa. Sin la mamá del Patita, y sin la única mujer en el mundo que hacía temblar a Cuchilla, yo no podía batallar. Bien, el Pata finalizaba de nuevo su canción y abrí la puerta del baño. Escalofrió. Allí estaba Cuchilla, oyendo. Agazapado, confuso, lo vi dar media vuelta y retirarse. Creo que tenía los ojos enrojecidos: ¿lloraba escuchando al Pata? Imposible, pensé. No, no. Sí. No. Ahora pienso que sí. El profe Cuchilla lloraba escuchando a Pataecumbia. En el patio, la silletería se destinó a los profesores y padres de familia. Los borregos de pie. Sin aliento, no lejos de las sillas, comprobé una por una las presencias, las ausencias. Bien, allí estaba la principal: la esposa del Cuchilla, flor en el jardín, talismán que fulgía, nuestra victoria. Dani, muy bien ubicado a sus espaldas, la contemplaba azorado: acaso agradecido conmigo. Mamá me saludó desde su silla: nunca faltó a los festejos escolares; la encantaban, aunque Dani y yo no cantáramos ni pío. También yo la saludé. "Lástima —pensé— que papá se encuentre lejos". La única que brillaba por su ausencia era la mamá de Pataecumbia. Seguramente no acaba con el vestido de novia. El rock de los peludos fue un concierto a grito herido. Las abuelitas debieron taparse las orejas. Un viejito se quejó de vértigo, y del susto se desmayó un tetero: ambos a enfermería. Caramba, las guitarras eléctricas estridentaban, mal sintonizadas. Era como si la banda de rock se electrocutara al tiempo, y en público. Rechifla para ellos. Nos emocionamos con una pieza de teatro, aunque al final los actores olvidaron sus parlamentos y enrojecieron y claudicaron, furiosos. Dos de ellos quisieron irse a los puños,

acusándose mutuamente. Debí intervenir Cuchilla, para separarlos. Cuchilla. Pobre Cuchilla. Aún no se percataba de la presencia más iluminada del patio: su propia mujer, a la expectativa.

Y por fin llegó el turno a nuestro curso. Nos desgañamos gritando vivas a Pataecumbia; pateamos el piso a rabiar, dijimos que sí, sí, sí, como nunca en la vida. Los corazones pum pum, los pechos trepidaban; me dolían las manos de aplaudir; eso era mejor que un partido de fútbol. El reverendísimo padre Acuña, sentado a un costado de la tarima, en compañía de los profes especialistas, se tuvo que poner de pie. Impuso el orden con un brazo extendido. Ni una mosca. El silencio se palpaba.

Vimos subir a Pataecumbia a la tarima. Su guitarra parecía más grande que él. Fulgió la guitarra un instante como un rayo de sol. Se sentó en la butaca. Uno de los curitas le acercó el micrófono: tuvo que bajarlo hasta la raíz, para ubicarlo a la altura del Pata, entre su boca y la guitarra. Aquello hizo reír a algunos, me preocupé. Vigilaba a Cuchilla: no decía nada. Quieto entre los especialistas. Yo, señores, yo pensaba sinceramente que el pro Cuchilla iba a atacar desde ese momento que le diría al Pata, en público: "Yo veré, yo veré, Pataecumbia", y que lo destazaría. No ocurrió así, para mi perplejidad El Cuchilla no actuaba como yo imaginaba. Eso me confundió. Me derrumbó c interrogaciones. Entonces me dediqué Pataecumbia. Puse mis esperanzas en s voz de soprano: " Ay, Pata, canta, canta soledad", me gritaba yo mismo, el alma en un hilo. Dani no se daba cuenta d nada, embebido en la chispeante cabe2 de la vecina. Yo sufría, señores, sufría. I Pata se demoraba en cantar, ¿por qué ¿Por qué si el Cuchilla ni siquiera lo m raba, no decía nada, no lo desmenuzaba ¿Por qué no cantaba?Lo comprendí con un ramalazo de angustia:

Era Pataecumbia quien soslayaba Cuchilla. Sin lograrlo evitar, miraba , Cuchilla, con el rabillo del ojo, y se congelaba. "¡Cierra los ojos!", le grité por adentro, "¡Cierra los ojos, acuérdate!". Lo: segundos se agolpaban, ¿un minuto, dos?

Dios, Dios, canta, Patita, por Dios, no te hagas el muerto. Ni modo.

—No puedo —se oyó el quejido, la vocecilla del Pata repetida en los parlantes del colegio.

Algunas risitas. Más risas. Risotadas.

Gracias a Dios el padre Acuña se levantó. Su lento brazo volvió a callar a los borregos. Se acercó temblorosamente al Pata, su sotana irradiaba, como un santo, ¿iba a darle la señal de la cruz?, no, le dio unas amistosas palmaditas en la cabeza, le dijo algo al oído, ¿qué le diría?, nunca lo averigüe, y allí lo dejó, de nuevo solito en el mundo, ante el público.

Otra vez los segundos. Un minuto, ¿dos? Dios, Dios. Sentí que la tierra se abría debajo de mis zapatos. De cualquier modo siempre supe que el Pata no cantaría, del puro miedo. Lo presentí. Y entonces era mi turno, Dios, según mis planes. Yo mismo me empujaba a mí mismo, hacia la tarima, ¿iba a orinarme del susto?, no, no, me grité, no: por lo menos orinarse después.

—No puedo —se oyó otra vez la voz del Patita, y risas otra vez. Pataecumbia tenía la cabeza doblada sobre su guitarra, un fallecido. No me vio saltar a la tarima.

Salté, sin ser invitado. No sé cómo me apropié del micrófono. Reuní todas las fuerzas para mi voz. Dije:

—El profe Cuchilla sabe tocar la guitarra.

Un murmullo de sorpresa recorrió las cabezas del colegio. Y eso porque, por sobre todas las cosas del mundo, sin pretenderlo, yo no había dicho "el profe Guillermino", sino "el profe Cuchilla", su público apodo escondido: ningún parroquiano le dijo Cuchilla a Cuchilla. Sólo yo, y en público. Los mismos profesores me contemplaron boquiabiertos. Cosa rara: Cuchilla tenía, como el Pata, la cabeza doblada sobre el pecho, los brazos cruzados.

Ambos idénticos. Estatuas. ¿Hermanitos? Parecía. O padre e hijo, já. —Que toque él —dije por último—, que cante el profesor Cuchilla —y, sorpresivamente, los borregos del curso vinieron en mi ayuda. Grandes amigos:— ¡Sí, sí, que toque Cuchilla!

Y los teteros:— ¡Que cante! Pateaban.

Entonces los peludos de último año vocearon al aire el apodo de Cuchilla, lo coreaban.

— ¡Cú-chí-llá! ¡Cú-chí-llá!

El padre Acuña iba a levantarse por tercera vez, ahora colérico, pero el mismo Cuchilla lo detuvo con un gesto leve, yo diría que resignado. Se incorporó en su larguísima estatura como si cargara un muro, un edificio, el entero edificio de sí mismo, su vida diaria con nosotros, toda su vida. La cara le ardía. Los borregos pararon el vocerío. Mudos los peludos. Yo hui de la tarima. Ya prendí el fuego, ¿qué más?

Cuchilla se apoderó del micrófono. Ah, no ostentaba en los labios su eterna sonrisa triunfal. Ningún despotismo lo alumbraba. Más bien parecía triste, y hasta enfermo, en el paredón: como cualquiera de nosotros a punto de recitar la lección.

—Por supuesto —dijo, y eso sí, hay que reconocerlo, lo dijo con firme voz—. Por supuesto —repitió— que sé tocar la guitarra. La guitarra es mi vida, señores, mi vida entera, más que la historia, y voy a cantarles una canción.

Aquí los borregos y los peludos vocearon al aire. Risas y voces de sombro. El padre Acuña boquiabierto. Los profesores a la espera, ¿había que pelear?

Cuchilla pidió silencio con la mano. Silencio que todos le concedieron, naturalmente. Al fin y al cabo Cuchilla era Cuchilla, director general de disciplina en el colegio, profesor de historia, el duro, el uy-uy-uy. Y ya iba a añadir algo, más sereno, más dueño de sí, cuando sus ojos la descubrieron a ella entre el público. Su mujer.

Ella.

Ante él.

Trastabilló un instante. Tosió. Se despedazó. Temblaron sus manos. Por poco deja caer el micrófono. Nadie se explicaba qué sucedía, yo sí: era mi plan descabellado, señores, ficción a los doce años, y, para ultimarlo, sólo faltaba que la mujer del Cuchilla avanzara majestuosa por entre el público, nuestra hada vengadora, y subiera a la tarima y lo agarrara por la nariz y le diera una, dos, tres vueltas de oro frente al colegio. O que sacara de una ventana invisible su olla de agua nocturna y duchara a Cuchilla desde la coronilla al corazón. O se apropiara de cada una de sus orejas y las estirara, más, más, más, como resortes sonoros, para nuestra felicidad. Sí, sí, pellízcalo, me gritaba. Era el momento soñado. El instante aguardado por mi corazón, pum, pum. Pero la mujer: inmóvil. Dios, sus grandes ojos iluminados parecía alentar y llenar de vida al Cuchilla. Lo enaltecían, lo acompañaban, señores.

Ella lo amaba. Uf.

El padre Acuña quiso incorporarse de nuevo. La voz de Cuchilla, temblorosa, se lo impidió:

—Amigos —dijo—, hoy tuve la oportunidad de escuchar el ensayo de este muchacho... su condiscípulo: Mauricio Aldana. Nunca oí una canción tan bien interpretada. Quiero compartir con ustedes la canción de Mauricio Aldana... Y, después, señores, les garantizo que voy a tocar la guitarra y cantar el resto del día, si quieren.

Aplausos, cómo no. También yo tuve que aplaudir. Ni modo.

—¿No llegué tarde? —me preguntó una voz. Una mano rozaba mi brazo.

Era la mamá de Pataecumbia.

—Yava a cantar —dije.

El Pata nos miraba, su boca un asombro universal. Su mamita lo saludó feliz con la mano enguantada. Parecía una viejita de otro siglo, la hermosa cara arrugada a la expectativa. Su cabeza asentía. Lástima que no llevó al pez en la pecera, el capitán Nemo anaranjado. Y entonces Pataecumbia se creció. De nuevo aferró la guitarra. Increíble: el mismo Cuchilla le acomodó el micrófono y lo alentó con dos o tres palmaditas estilo padre rector.

Y no lo abandonó, se quedó a su lado mientras duró la canción que silenció los corazones, bañándolos de música. El Pata era la vida. Constaté que hasta los pájaros detenían su vuelo para escuchar. Un orgullo inmensurable me remeció: orgullo de ser su amigo, su cómplice, orgullo de oírlo en los recreos, de comer con él y sufrir con él y reír con él, mi amigo de infancia, primero y único amigo.

La Soledad del Pata causó una ovación perfecta, redonda, que hizo que nuestro curso ganara ese viaje de fin de semana a Boyacá, a rezar cada minuto, uf, rezar y comer y rezar y volver a comer y volver a rezar y comer y rezar, eso nunca lo olvidaremos, Pata, ¿cierto?

Cierto.

Gracias a ti.

Después el profe Cuchilla enarboló la misma guitarra del Pata, a su lado: el profe de pie y Pataecumbia sentado.

Fue ahí cuando nos enteramos del nombre de su mujer, bello como ella. Pues a ella dedicó su canción, en público.

—Esta canción la dedico —dijo— a mi esposa, que para felicidad mía se encuentra hoy entre ustedes —su voz se dulcificaba por la emoción. ¿Temblaban sus piernas? A duras penas pudo añadir—: Ella se llama Lucía, como la canción.

Y aquí yo dejo cantando al profesor Cuchilla, en mi recuerdo. Fue una intensa canción, sentida hasta las lágrimas. Los dos, Cuchilla y su mujer, al final, se abrazaron en mitad del colegio. Hubo un beso, sin que importara la rechifla y el brazo extendido del reverendísimo. Yo me daba vueltas alrededor de mí, más confundido que Ulises: de hecho, las cosas me salieron al revés. Los planes abajo, casa de naipes. Lo que yo imaginé no ocurrió. "Pero mejor", me dije, "mil y un millón de veces mejor".

Ahora, veinte años después —y más solo que la canción de la soledad—, siento que vivo más al recordar ese año. Amigos como el Pata, hermanos como Dani, instantes como esos me acompañan, día y noche. Año de vida y luz. ¿Quién se imaginaba que el profe Cuchilla y su esposa, con Dani, mamá y yo, abordaríamos el mismo taxi de regreso a casa? Ah, Dani feliz de su vecina feliz. Sonreía si ella sonreía, el más puro amor, ¿sí o no, Dani? Sí, sí. Ese año el profe Cuchilla no volvió a dar más gritos y apodos, y no sabemos si también los demás años porque no lo volvimos a ver: papá llegó con la noticia: nos trasladaríamos a otra ciudad, para no separarnos nunca. Mamá feliz. Pero, ¿y Cuchilla? Quién sabe qué sucedió con Cuchilla y su mujer. ¿Volvería ella a tirarlo de la nariz? Hoy creo que no. Jamás.

Dani ganó el año, señores, sin habilitar una sola materia. Aplausos para Dani. Yo lo perdí: culpa de Montecristo, supongo. Ese fue el año escolar que perdí, pero fue en realidad el año más ganado de toda mi vida, y nunca voy a olvidarte, año perdido y ganado.

Te quiero.